La novela TEATRAL

Precio: 30 cts.

LA PRINCESA BEBÉ

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA, DIVIDIDAS EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

PERSONAJES

EL EMPERADOR MIGUEL ALEJANDRO DE SUAVIA. - EL PRINCIPE ESTEBAN. - EL PRINCIPE MAURICIO (15 años). - EL PRINCIPE ALEX (8 años). - EL GRAN CANCILLER. EL PRECEPTOR, caballero Stirger. - LA PRINCESA ELENA. - LA PRINCESA MARGARITA (14 años). - LA BARONESA ESTER DE ROSEMBERK. - LA CONDESA ADELAIDA DE ROSEMKRANK. - LA CONDESA DIANA DE LYS. - ELSA KENISBERG. - EL CONDE DE TOURNERELLAS. - EL CABALLERO ALBERTO ROSMER. - MR. DE CHANTEL. - EL MAESTRO WULF.-MAD. CLEMENCIA WILF.-GODOFREDO WILF.-LA REINA DE SABA. LA DUQUESA DE ARCOLE.-MARGOT.-BIONDINETTA.-LA DEGOLLADA.-EL INGLES. EL MARQUESITO.-COSI COSI.-UN POLICIA.-Servidores del Palacio.-Acompañamiento.

ACTO PRIMERO

En un salón de confianza del Palacio de Suavia. Jardín nevado al fondo.

La condesa de Rosemkrank, el Preceptor, la princesa Margarita, el príncipe Mauricio, el príncipe Alex.

PREC.—(**Explicando la lección de Historia.**) Pero no todos habían de ser días gloriosos para el reino de Suavia. Miguel VIII, era un rey prudente, modelo de virtudes públicas y domésticas; su esposa Edvigia era un modelo de reinas, como todas las reinas de Suavia a partir del siglo diecisiete, porque ya hemos visto que antes del diecisiete, y sobre todo entre el catorce y quince, hubo alguna de infausta memoria.

ROS.—Caballero Stirger, perdonad si os interrumpo; yo creo que la reina Teodolinda, a quien os referís, vulgarmente llamada la Mesalina de Suavia, fué muy calumniada. ¿Habéis leído los últimos estudios publicados en la «Revista de Ciencias históricas» por el caballero Tomberg? La memoria de Teodolinda parece completamente reivindicada. El caballero Tomberg demuestra que no toda la culpa de los escandalosos devaneos de la Reina fué suya, sino de su esposo que se los consentía.

PREC.—Es posible, Condesa. ¿Permitís?

ROS.—Continuad, y vuelvo a pediros perdón por haberos interrumpido; ¡la figura de la Reina Teodolinda es tan interesante!...

PREC.—Llegamos a la página triste del reinado, por otra parte tan glorioso, de Miguel VIII, injustamente llamado el Simple por sus detractores, que fueron muchos; la batalla de Kuntz, perdida, no por cobardía de nuestras tropas ni por impericia de sus generales, sino por la traición...

ROS.—Esta vez os interrumpo sin pediros perdón... Esa traición de que habláis no existió nunca; se trata de uno de mis antepasados, y su memoria está completamente vindicada de esa infame calumnia...

PREC.—Perdonad, Condesa, yo ignoraba que el barón de Rosemkrank, de la batalla de Kuntz, tuviera que ver con los condes de Rosemkrank...

ROS.—Por sucesión directa, salvo un cuartel de bastardía que ennoblece mu-
...ás nuestro linaje, por ser de sangre real esa mancha... Ya sé que los his-
...es hablan todos de esa infame traición a la patria. ¡Pero qué historia-
...ndo queráis puedo mostraros, en el Archivo de nuestra casa, más de
...rtas de la propia mano del barón de Rosemkrank, sincerándose de
...nes. No es posible leerlas sin quedar convencido. ¡Enseñáis
...ipes de Suavia, de los que fueron siempre leales servidores

los Rosemkrank! Yo, la última, la más indigna, en nombre de mis antepasados, debo decir a los Príncipes de Suavia: ¡Entre los Rosenkrank no hubo nunca traidores a su rey ni a su patria!...

MAUR.—Condesa, nosotros no lo hubiéramos creído nunca. El caballero Stirger no ha tenido la intención de ofenderos.

PREC.—De ningún modo. Ya sabéis que en mis lecciones procuro siempre que resalten los ejemplos de virtud y heroísmo, y paso por alto, rodeando con discreción, los puntos escabrosos, que nunca faltan en la historia de las naciones ni en la historia de las familias.

ROS.—Es el deseo de Su Majestad. La historia debe ser espejo de virtudes, sobre todo para los que han de ser reyes algún día.

MAUR.—Por fortuna los reyes de Suavia, sobre todo desde el siglo diecisiete...

ROS.—Cuando empieza a reinar vuestra gloriosa dinastía, Alteza.

MAUR.—Todos son espejo de virtudes.

MARG.—Los reyes, sí; pero los príncipes... sobre todo a partir del siglo veinte...

ROS.—¡Alteza, no habléis así! Su Majestad ha prohibido toda alusión o referencia a los tristes y recientes sucesos, que entristecen su corazón y el de todos sus leales servidores. ¡Ay!

PREC.—¡Ay!

MAUR.—Ya sabes lo que nos dijo ayer el Emperador: ¡Vuestro tío el Príncipe Esteban y vuestra tía la princesa Elena han muerto!

ALEX.—(Bajo a Margarita.) Luego veréis lo que tengo guardado.

MARG.—(Idem.) ¿Qué?

ALEX.—(Idem.) Ya verás; cuando nos dejen solos.

MAUR.—(Idem.) ¿Qué dice Alex?

MARG.—Tonterías. Ya te lo diré cuando estemos solos. (Dentro cornetas que tocan marcha.)

ROS.—Su Majestad entra en Palacio.

MAUR.—Entonces... es la hora...

PREC.—Sí, acabó la lección.

MARG.—¿Vendrá hoy el Emperador a vernos como otros días, o debemos ir nosotros a saludarle?

ROS.—Aun no he recibido órdenes. Hoy es un día en que la Corte está perturbada; la llegada de... Olvidé que no debe hablarse de esto.

MAUR.—¡Bah! Entre nosotros; la llegada del Príncipe Esteban. Ya se conoce en el humor del Emperador, y sobre todo de la Emperatriz.

MARG.—¡Ya! .. ¡ya!.. la Emperatriz no quiere vernos...

ALEX.—A mí sí... a mí sí

MARG.—Eres el nieto preferido.

MAUR.—¡El Emperador regaña por todo! Ayer quería yo haber paseado en trineo por el parque y no me dió permiso.

ROS.—Voy a recibir órdenes para el día. Espero que seréis juiciosos en mi ausencia. Caballero Stirger, permaneced un instante en su compañía

PREC.—Aun no he almorzado; pero...

ROS.—Poco tardo. (Sale la Condesa.)

Dichos menos la Condesa.

MAUR.—¡Alex! ¡Alex! Ya estamos solos. El caballero Stirger es muy bueno, y como si no estuviera... Además, tiene mucha rabia a la Condesa, como nosotros.

MARG.—¡Lo que me he divertido cuando hablásteis de la traición de su pasado!

MAUR.—Quedamos ayer en que lo diría. Sabemos que a la Condes[illegible] daba mucho.

MARG.—¿Os habéis fijado cómo tiene hoy el pelo?

MAUR.—¡Una vidriera gótica! A ver, Alex, ¿qué tienes gua[illegible]

MARG.—¡Antes de que vuelva la Condesa!

ALEX.—¡Mirad! ¡Mirad!... Una «Ilustración francesa». ¿Y sabéis lo que dice? ¡Mirad!

MAUR.—¡A ver! ¡A ver!... Caballero, tened cuidado; si viene alguien nos aviséis.

PREC.—Sí, sí; pero permitidme, debo enterarme... ¡Oh! ¡Alteza! ¿Dónde habeis encontrado esto?

ALEX.—¡En el cuarto de la Emperatriz; lo tenían escondido, pero dí con ello!

PREC.—¡Si lo sabe!

MARG.—Es el niño mimado, no le reñirán; ¡si fuera a nosotros!... Vamos a ver. Los últimos escándalos de la corte de Suavia...

MAUR.—¡Los retratos del príncipe Esteban y de la Kenisberg, su esposa!...

PREC.—¡Morganática!...

ALEX.—¡Su querida!

PREC.—¡Alteza!

MARG.—¡Su favorita se dice, Alex!...

MAUR.—Bueno, «une cocotte». ¡No hay como el francés para estas cosas; por algo es la lengua diplomática!

PREC.—¡Percibo en Vuestra Alteza unas disposiciones para la observación picante verdaderamente impropias de un príncipe! El espíritu de los príncipes debe ser benévolo y optimista... Se trata de una artista, no es una «cocotte», como habéis dicho.

MAUR.—¡Qué más da! Es muy guapa, ¿verdad? ¡Cuidado! ¿Viene alguien?

PREC.—¡No, no! Nadie... ¡Oh! ¡Muy guapa!

ALEX.—¡Guapa, guapa!...

MARG.—¿Oís? Su Alteza el príncipe Alex opina que es muy guapa. ¡Es una opinión considerable! ¡Vaya el mono!

ALEX.—¡Vaya la tonta! Más guapa que todas las mujeres de la familia. Este periódico lo dice: en la familia reinante de Suavia las mujeres son insignificantes; en cambio los príncipes... escucha...«ils sont le type acompli de la beauté virile...»

MARG.—A que te doy un bofetón todavía...

ALEX.—¡Anda, anda!...

PREC.—¡Alteza, es vuestra hermana!

ALEX.—Es muy tonta.

MAUR.—No seáis fastidiosos. Mirad sus retratos. La Princesa Elena de Suavia, llamada la Princesa Bebé...

MARG.—¿No es más guapa que la Kenisberg? ¡Y distinguida!...

MAUR.—El caballero Alberto Rosmer, con quien la Princesa...

PREC.—¡No leáis más, Alteza! Basta, con ver esos retratos en la misma página, para leer una historia dolorosa. Traed ese periódico, que no debe estar un momento más en vuestras manos. ¡Si Sus Majestades lo supieran! Esta prensa francesa acoge con fruición cuanto redunda en menoscabo de los prestigios dinásticos. Esa Francia sin religión y sin fe, es una mancha con su República en el corazón de Europa; como en los tiempos de Napoleón, reyes y príncipes debieran coaligarse contra ella... ¡Qué vergüenza leer estos comentarios!... Estos... (Leyendo a pesar suyo.) ¡Luego cuentan estas cosas con una gracia que desarma la indignación!... ¡Son el demonio!

MAUR.—¿Que dice? ¿Qué dice?

PREC.—¡Nada, nada, calumnias, infamias!...

MAUR.—¡El Emperador!

MARG.—¡Buena la hemos hecho!

[illegible]x.—¡Encierro para ocho días!

[illegible]c.—¡Siempre descargará sobre mí la tormenta!

Dichos, el Emperador y la Condesa Adelaida.

[illegible]—¿Acabó la lección?...

[illegible].—¡Abuelito, abuelo!...

[illegible].—¿Qué es eso, Alex? ¡Saludo militar! ¿Sabe Su Alteza que desde hoy forma parte de mi guardia? Ha sido nombrado sargento.

ALEX.—¿Y llevaré uniforme con coraza y todo? ¿Y el año que viene seré teniente como Mauricio?

MAUR.—¡Al año que viene! Cuando debas ascender.

MARG.—¡Ascenderás como él, por méritos de guerra!

MAUR.—¡Ojalá hubiera guerra!

EMP.—¡Poco a poco!... La guerra no debe desearse nunca. Sobre todo en estos tiempos en que las guerras son muy caras. Y decidme, caballero Stirger, ¿aprovechan vuestros discípulos? Ya sabéis cuánto os encarecí la mayor severidad con ellos. No os acordéis por nada de que son Príncipes; es decir, sí, acordaos para considerar que deben ser los primeros en cumplir sus deberes... ¡Permitid!... ¿Qué periódico es ese que no sabéis cómo ocultar? Creo conocerle... Permitid... ¡Me parece francés!... ¡Por vida!... ¿Quién ha traído aquí estos papeles? Caballero Stirger, ¿son estas las lecciones de historia y de literatura?... Condesa Adelaida, ¿es este el cuidado que tenéis de los Príncipes? ¡Estos papeles en su cuarto de estudio!... ¿Cómo han llegado aquí estos papeles? ¡Puede uno vivir tranquilo en Palacio! Sin saber cómo, llegan proclamas anarquistas, llegan libelos, llegan estos papeles y estos retratos y estas historias...

ADE.—¡Perdonad, señor; yo no comprendo cómo puede haber llegado aqui ese periódico!

PREC.—Su Alteza el Príncipe Alex es quien puede explicar a Su Majestad...

EMP.—¡Tú! ¡Habráse visto! ¡Tú!

MAUR.—Buena entrada en la milicia; hoy te fusilan.

ALEX.—(Llorando.) ¡Abuelito!

EMP.—¿Cómo es eso? Habláis con vuestro jefe; ¡saludo militar! Explicadme cómo ha caído este periódico en vuestras manos.

ALEX.—Estaba en el cuarto de la Emperatriz, y yo no sabía qué decía nada de...

EMP.—¡Silencio! No dice nada. ¡En el cuarto de la Emperatriz! La curiosidad de las mujeres. Condesa, devolvedlo al cuarto de la Emperatriz.

ADE.—Me atrevería a indicar a Su Majestad cuánto mejor sería que la Emperatriz no se enterara de lo ocurrido.

EMP.—No os preocupéis. Así tendrá más cuidado otra vez, sabiendo que su nieto se entera de todo. (Bajo a la Condesa.) Y la hará mucha gracia. (Sale la Condesa.) Ahora, señor sargento, por esta primera falta hoy no patinaréis en el «skating» y durante tres días comeréis separado de vuestros hermanos.

MARG.—¡Me alegro!...

ALEX.—¡Envidiosa!

MARG.—¡Por atrevido!

ALEX.—También yo le diré al abuelo otras cosas de ti y de Mauricio.

MAUR.—¡Vaya un militar, delator y cobarde!

ALEX.—¿Yo?

EMP.—¡Silencio! Caballero Stirger, continuad vuestras lecciones en la biblioteca. Yo debo tener aquí una conferencia reservada, y como estas habitaciones tienen entrada aparte...

PREC.—Las lecciones de hoy habían terminado.

EMP.—¡Perfectamente! Entonces, la Condesa acompañará a los Príncipes a saludar a la Emperatriz. Margarita, un beso... Mauricio, un apretón de manos... Alex...

ALEX.—¿Me perdona Su Majestad?

MAUR.—¡Cobarde! No se pide nunca perdón.

EMP.—Por una sola vez, perdonado... pero a una segunda falta... Que te lea Mauricio la Ordenanza.

ALEX.—¿Puedo patinar con Mauricio y con Margarita?

EMP.—¡Sí!

ALEX.—Lo de comer solo no me importa, porque Mauricio y Margarita me hacen rabiar siempre.

MARG.—¡Qué gracioso! ¡El sí que es insoportable!

MAUR.—¡Y glotón! Come con los dedos en cuanto la Condesa no le mira.

ALEX.—¡Y tú mojas pan en las salsas!

MARG.—¡Y tú te guardas el postre en los bolsillos!

ALEX.—Es para Mogol.

EMP.—¡Silencio!

PREC.—Vamos, Altezas; no incomodéis a Su Majestad.

EMP.—Podéis retiraros. (Salen el Preceptor y los tres Príncipes.)

El Emperador, un Ujier y después el Príncipe Esteban.

EST.—¿Cómo debo saludaros? Señor... padre... Porque sois mi padre siempre. No conocí e! mío, a vuestro hermano; sois el jefe de la familia; sois el Emperador; os he querido y os he respetado siempre.

EMP.—¿Siempre? Siéntate... Más cerca. Aunque mi decisión irrevocable era no volver a verte, que no volvieras a poner los pies en Palacio, como de continuo llegan a mí tus quejas y has tenido el atrevimiento de llevar tus agravios a las columnas de la prensa revolucionaria, prestando así armas contra mí y contra la dinastía a nuestros enemigos...

EST.—Perm...

EMP.—Aun no he terminado. Como por cartas y emisarios no nos entenderíamos nunca, he preferido que hablemos. Quise que vinieras reservadamente, porque deseo que de nuestra conferencia nadie tenga noticia; esto es, si tú, encantado con tu nueva profesión de periodista, y por sostener la «pose» de Príncipe a la moderna, no te encargas de publicarla como una de esas ingeniosas «interviws» que son gala diaria de la prensa moderna. Si la Emperatriz supiera que he consentido en escucharte, el disgusto la causaría una enfermedad, y su salud está bastante quebrantada, como la mía, gracias a nuestros amados sobrinos, que sólo procuran endulzar los últimos días de nuestro reinado y de nuestra vida. Por si no bastaba contigo, Elena, por su parte, hace todo lo posible para que la atención del mundo entero no se aparte de nuestra casa y de nuestra familia.

EST.—No es culpa mía si mi prima no ha esperado a mejor ocasión para dar el escándalo de su divorcio y de su fuga con el secretario de su marido.

EMP.—Tú has empezado. Sin tu ejemplo, ¡quién sabe si ella se hubiese atrevido!

EST.—No admito el parangón. Mi prima está en un caso muy diferente al mío.

EMP.—Sea como sea. Dos escándalos en tres meses es demasiado en cualquier familia; en una familia reinante es intolerable. En estos tiempos de perturbación todo es arma contra nosotros. La institución monárquica no vive ya de prestigios divinos ni heredados, sino del prestigio personal, del respeto y de la consideración que logremos imponer con nuestra conducta. Y no es el mejor modo de conseguirlo dar que reir a los que no creen ya en nosotros y dar que sentir a los que creen todavía...

EST.—No creo haber dado ocasión a ninguno de esos dos extremos. Y todavía comprendo que entre los cortesanos y entre los tradicionalistas sea censurada mi conducta... ¿Pero entre los que se llaman liberales? ¡Reirse de mí o indignarse porque me caso por amor con la mujer elegida por mi corazón, francamente, no lo concibo!

EMP.—Pues habrás observado que la prensa liberal y revolucionaria es la que más se divierte a costa tuya, nuestra, mejor dicho. Ya ves lo que agradecen tu liberalismo, tu modernismo y lo que respetan ese amor, que debería parecerles admirable.

EST.—Sí, es verdad. Es que nunca luchan las ideas, sino los intereses, y porque soy Príncipe su interés es que sea ridículo, yo y mi amor y mi matrimonio. No me respetan como Príncipe y me censuran porque amo como un hombre cualquiera.

EMP.—Ahí está la razón de esa universal censura que lamentas de amigos y de enemigos. Gozaste las prerrogativas de Príncipe mientras te convenían, y quieres gozar las de un particular cualquiera cuando te conviene. Eso es lo que no puede ser, lo que la gente, con su buen instinto, condena... Cada estado impone los deberes correspondientes a sus derechos.

EST.—¿Qué derechos eran los míos? Vivir de la vida oficial, sin una iniciativa,

ni un pensamiento propio. Me dísteis el mando de un regimiento, y apenas intenté algo beneficioso para mis subordinados, vuestros ministros, recelosos, procuraron sujetarme a la ordenanza más inflexible. Emprendí viajes a nuestras colonias, quise publicar mis observaciones, y mi libro quedó reducido por la censura oficial a unas cuantas páginas vulgares que yo nunda hubiera publicado... Hasta para ejercer la caridad debo contener los impulsos de mi corazón para que mis liberalidades no superen a las vuestras ni a las de personas más cercanas al trono. Adorador del arte, ni puedo expresar mi admiración hacia un artista o hacia una obra, si no está de acuerdo con el arte oficial y sus cánones ortodoxos... Y en todo así... Estos son mis derechos. Mi actividad, mi inteligencia, mi corazón, no pueden pasar nunca del límite marcado por vuestra autoridad, límite tan inviolable como las fronteras de nuestro territorio. ¿Qué me hubierais permitido a cambio de una vida sin amor?... decidme.

Emp.— ¿Sin amor? ¿No había más amor que el de esa mujer?

Est.—Para mí no. Nunca hay más que un amor en la vida: el de la mujer que se ama. Sin duda hay muchos amores posibles en el mundo, porque hay muchas mujeres, como hay muchas tierras y muchas madres... Pero el único amor es el nuestro, por eso nos parece mejor, porque es nuestro; como nuestra patria, como nuestra madre, nadie las elige, y siempre nos parece que la mejor, que la única posible, es la nuestra.

Emp.—Mal podías elegir cuando siempre te has alejado de la Corte, cuando evitabas la intimidad con mujeres de tu rango y de tu condición por frecuentar de continuo los bastidores de un teatro y la sociedad de una cantante de opereta.

Est.—De una mujer adorable, inteligente. A su lado, en esa sociedad de bastidores que tanto os asusta, entre artistas y bohemios, entre gente que vive de su vida y de sus méritos propios, he aprendido yo a conocerme, a sentirme vivir por mi cuenta, he desechado preocupaciones y he fortalecido mi voluntad y mi conciencia.

Emp.—¡Muy bonitas frases! A lo Ibsen, a lo Tolstoi, a lo Niezstche, esos perturbadores de espíritus débiles que debieran de haber nacido en Suavia para haber hecho con ellos un escarmiento. ¡Vivir la propia vida! Gran disculpa para todas las faltas y todos los errores. ¡Ser uno mismo! ¡Uno! Como si la vida de uno solo fuera posible sin el concurso de todos, sin disciplina social. Pero ya que esas son tus ideas y tus sentimientos, sé lógico hasta el fin. ¡Tu vida es esa, la que lograste por tu propio esfuerzo desechando preocupaciones de clase!... Pues vive de ella, sin procurar todas las ventajas de tu posición anterior...

Est.—Es que no debo consentir la injusticia que me obliga a perderlas. Es que, perdiéndolas, me hallo en condición inferior al que nunca las tuvo para luchar en la vida. Me habéis perseguido implacable; el último súbdito vuestro que hubiera cometido un horrible delito, sería juzgado en justicia, no como yo, castigado contra las leyes de vuestro imperio, que aseguran al más miserable el derecho a disponer de su corazón y a elegir la compañera de su vida.

Emp.—Esos miserables, a quien tanto envidia tu imaginación de poeta, cambiarían muy gustosos ese derecho por las rentas y privilegios que disfrutabas como Príncipe, sólo con haberse tomado el trabajo de nacer...

Est.—De modo que nada puedo esperar...

Emp.—Esperas ser dichoso, ¿qué más deseas? Dejarías de tener razón contra todos si no lo fueras. Se trata de saber qué vale más: si el amor o las riquezas y las dignidades de Príncipe. ¿Y qué mejor garantía de tu acierto que poder convencerte de que la elegida de tu corazón te ama por ti mismo, al hombre en sí, como dijo Sakespeare?

Est.—Sea. Nada volveré a pediros, pero nada me exijáis tampoco. Desde ahora nada debo a mi dignidad de Príncipe; no tratéis de impedir cuanto haga contra ella.

Emp.—Siempre que sea lejos de Suavia.

Est.—Ya lo veis, la lucha es más penosa para mí. Ya no soy Príncipe, soy un

hombre cualquiera, y las leyes de todos no existen para mí. Me desterráis de mi patria.

Emp.—Por favorecerte. Como aseguras que tendrás que ganarte la vida, en Suavia te sería difícil hallar colocación. Aquí no pueden olvidar quién eres, y nadie se atrevería a ofrecerte un empleo modesto; y si alguien te ofreciera una brillante posición, créelo, ya no sería como a un cualquiera, sino como a Príncipe de Suavia, sobrino del Emperador y estoy seguro de que esa consideración te ofendería... (Voces dentro.) ¿Eh?... ¡Qué alboroto! ¿Qué significa?... (Toca un timbre.)

Dichos y el Canciller.

Canc.—Con vuestro permiso, señor; perdonad...

Emp.—¿Qué ocurre? ¿Qué voces son esas?

Canc.—Lo que no podéis imaginaros, señor. No sé cómo decíroslo. Nadie podía suponer tanto atrevimiento.

Emp.—¿Qué?... Decid...

Canc.—La Princesa Elena ha llegado a la capital, y desde el tren, antes de que nadie pudiera prevenirlo, a todo escape en un trineo, atravesando por el centro de la capital, se ha atrevido a presentarse en Palacio, y aquí la tenéis.

Emp.—(Al Príncipe.) ¿Lo ves? ¿Puede tolerarse? Sabrá que estás aquí, y ella también se atreve... ¡Siempre tiene uno que arrepentirse de su debilidad! ¿Y esas voces?...

Canc.—Gente que se ha reunido por curiosidad, y entre ella estudiantes que aclaman a la Princesa, y aprovechan la ocasión para manifestar contra el Gobierno.

Emp.—Que debía estar mejor enterado... ¿Cómo ha podido llegar la Princesa sin que nadie tenga noticia de su viaje? No hay duda de que nuestro Ministerio de Estado está muy bien servido. ¿Y tendremos manifestación callejera por mucho tiempo?

Canc.—La guardia despeja los alrededores de Palacio; pero los estudiantes ya sabéis... La Princesa Elena es muy popular entre la juventud. Sus amores interesan... Luego un poeta joven, muy admirado entre la bohemia literaria, ha compuesto una poesía que los jóvenes recitan y cantan en todos partes: una especie de canto al amor y una sátira contra...

Emp.—Contra mí. ¿No es eso?

Canc.—Contra el Cobierno, señor.

Emp.—¡Oh, no! Si fuera contra el Gobierno ya estaría preso el autor y prohibida la poesía. ¿Y decís que la Princesa Elena está en Palacio?

Canc.—Nadie se atrevió a detenerla; solicitó ver a la Emperatriz.

Emp.—Que no la recibirá, seguramente. Voy yo mismo.

Dichos y la Condesa Adelaida.

Cond.—Señor, señor, ¿sabéis ya?... La Princesa Elena...

Emp.—Sí, ya lo sé. ¿Dónde está?

Cond.—La Emperatriz se muere. Se ha negado a recibir a Su Alteza, y ha sido presa de un violento ataque de nervios. Toda la corte está trastornada; ya sabéis cuánto queríamos todos a Su Alteza.

Emp.—Bien, bien. ¿Dónde está?

Cond.—Perdonad, señor. Su Alteza, al saber que la Emperatriz se negaba a recibirla, corrió en busca de los Príncipes. Nadie se atrevió a oponerse a su paso, y con ellos está.

Emp.—¿Con los Príncipes? ¡Pronto! ¡Decid que venga aquí, que yo lo mando! ¿Oís?, ¡que yo lo mando! ¿Quién acompaña a Su Alteza?

Cond.—La Baronesa de Rosemberk.

Emp.—¡Ah! ¿La Baronesa ha tenido el valor de acompañarla? Me alegro. Tenía ganas de avistarme con la Baronesa. (Sale la Condesa.) ¡Y aun os atrevéis a presentaros delante de mí, a pedirme que perdone y apruebe vuestra conducta! ¡Y nos quejamos de los progresos revolucionarios, de socialistas y de anarquistas! Sus bombas son preferibles; por natural reacción, robustecen y afirman el principio de autoridad; pero este anarquismo de arriba, este quebrantamiento

de todo respeto y de toda moral, es peor mil veces. Más vale caer de un solo golpe que desmoronarse pulverizado.

CANC.—Exacto, señor.

EMP.—El escarmiento será digno de la falta, yo os lo aseguro.

EST.—Señor, permitidme que me retire. En este momento sería inútil oponer razón alguna a vuestro enojo. Además, no quiero hallarme con mi prima, ya que por causa suya castigáis con igual pena faltas muy distintas. Yo no he faltado a ningún deber; mi amor es noble, legítimo. Señor, permitidme besar vuestra mano; mi cariño y mi respeto no os faltarán nunca. Solo os pido, como único favor, que al desterrarme de Suavia, no me persiga todavía vuestro enojo; comprenderéis que, con mi fortuna personal, la vida me será difícil; ignoro a qué medios tendré que acudir; desde luego no serán indignos de un caballero, aunque ya no sea príncipe... ¡Adiós, señor! Que algún día me juzguéis en justicia es mi único deseo. (Sale el Príncipe.)

CANC.—¡Pobre Príncipe!

EMP.—¿Por qué? Si ha sido fuerte para cumplir su voluntad, debe serlo para oponerse a la mía. ¡Un príncipe de Suavia casado con una cómica!

CANC.—¡Señor! El amor.

EMP.—¡El amor, el amor! ¿Qué necesidad tenía de casarse?

CANC.—Aseguran que ella es virtuosa.

EMP.—Desconfiad de esas virtudes que se hacen pagar con el matrimonio. Decid que es una mujer que sabe mucho, y mi sobrino un tonto que no conoce el mundo ni a las mujeres. Si se tratara siquiera de una artista seria, de una artista dramática de uno de los teatros subvencionados... Pero una artista de opereta, que no hace un mes cantaba «La bella Elena» y «La hija de madame Angot», ¿creéis que una mujer así puede presentarse en la corte? Los mismos ujieres, al anunciarla, no podrían por menos de tararear algún «couplet» que la hubieran oído en el teatro. ¡La Princesa! Dejadnos un momento, pero esperad cerca. (Sale el Canciller.)

El Emperador, la Pricesa Elena, el Príncipe Mauricio, la Princesa Margarita, el Príncipe Alex, la Condesa de Rosemkrank y la Baronesa de Rosemberk.

ELENA.—¡Querido tío!... ¡Señor!...

EMP.—No me abraces. (A los Príncipes.) ¿Quién os ha mandado venir?

ELENA.—Dejadlos. ¡Me quieren tanto!... Como yo a ellos. Ya veis, todos me quieren todavía; me aclaman en las calles; nadie a olvidado a Elena, a la Princesa Bebé, como me llamaban todos, porque era un tiempo en que yo era la alegría de este Palacio; aquí se quedó toda, con todos mis cariños. ¿Verdad que me queréis mucho? Tú, Margarita, pobre niña a quien deseo toda la felidad que yo no hallé en la vida, que no dispongan de tu corazón como dispusieron del mío. Sé inflexible si tratan de unirte a un hombre a quien no amas ni puedas amar nunca.

MARG.—Elena, Elena, yo no quiero que llores; yo no quiero que te vayas de aquí.

EMP.—Basta; Condesa, llevaos a los Príncipes...

COND.—Ya oís, Altezas...

EMP.—Elena y yo tenemos que hablar por última vez.

ELENA.—¿Por última vez? Sois inflexible.

MAUR.—El abuelito está muy enfadado.

ALEX.—¿Y llegarán hoy los juguetes que me has traído?

ELENA.—Sí, sí; ya veréis. Un automóvil; un campamento, con soldados que andan y cañones que disparan.

ALEX.—Te quiero mucho.

COND.—Vamos.

MARG.—¡Abuelito!

EMP.—¿Qué es esto? Hoy no saldréis en todo el día de vuestras habitaciones. Basta de llantos. (Salen los Príncipes y la Condesa Adelaida.)

El Emperador, la Princesa Elena y la Baronesa de Rosemberk.

ELENA.—¡Señor!

EMP.—¿A qué has venido? Me supones tan débil, que todas esas lágrimas,

aunque fueran de arrepentimiento, pueden hacerme olvidar lo que debo al honor de nuestro nombre. Aunque no te juzgara como Emperador, solo como jefe de nuestra familia, tendría que decirte lo que ya sabes... has muerto para mí.

ELENA.—Sois muy cruel. Os he pedido consejo, protección, os habéis negado a escucharme. ¿Por qué os opusisteis a mi divorcio?

EMP.—¡Un divorcio en nuestra familia!

ELENA.—¿No son iguales para todos las leyes de vuestro Imperio? Con más razón debo yo invocarlas, ya que me casasteis contra mi voluntad.

EMP.—Con un Príncipe digno de amor.

ELENA.—Baronesa, habéis sido testigo de mis sufrimientos.

BAR.—¡Pobrecita señora! ¡Pobrecita!

ELENA.—Sabíais bien que el Príncipe era un hombre brutal; conocíais mi corazón; sabíais que no podía ser dichosa a su lado.

EMP.—El cumplimiento del deber es una dicha que nunca puede faltarnos, y solo depende de nosotros. Quizá sea la más difícil de lograr; por eso mismo es la más digna de los que por mala o por buena suerte nacimos en elevada cuna.

ELENA.—Sois hombre y Soberano, y podéis hallar en nobles, ambiciosas y altas empresas, compensación a todo. Para un corazón de mujer nada tiene sentido en la vida, ni el deber, ni la ambición, ni el sacrificio, ni preceptos de moral, ni la misma fe religiosa, si no es el amor... que sin hablarnos nunca de deberes, ni de obligaciones, ni de sacrificios, ni ordena, ni castiga, y todo lo consigue solo por ser amor. ¿Y queréis condenarme a vivir sin amor toda mi vida? Aun es posible que una mujer pueda resignarse a vivir sin ser nunca amada; pero ¡sin amar! ¿Cómo puede vivir? Yo hubiera cumplido mis deberes de esposa con el Príncipe, si su única falta hubiera sido no amarme; pero bien lo sabéis, es un hombre grosero, indigno, que no podía inspirarme ni compasión siquiera, ni lástima, el último refugio del corazón para cumplir deberes de amor, cuando todo amor falta.

BAR.—Es la verdad, señor, es la verdad. ¡Pobrecita señora!

EMP.—Después hablaremos, Baronesa. Fué un gran acierto destinaros al lado de la Princesa Elena. Habéis sabido velar por su decoro.

BAR.—¡Señor!

EMP.—Debí informarme mejor de vuestra vida pasada.

BAR.—¡Señor! ¡Alteza! ¡No puedo, no puedo oirlo! ¡Insultada, ultrajada! No puedo contestaros; sois el Emperador... Pero es indigno, insultáis a la Baronesa de Rosemberk.

ELENA.—Tranquilizaos. ¡Señor, sois injusto con la pobre Baronesa!

BAR.—¡Es horrible, horrible! ¡Así se pagan mis leales servicios! ¡Yo, que he sacrificado todo por servir a Vuestra Majestad! Su Alteza os dirá cómo la aconsejaba yo siempre. No diré que Su Alteza no haya cometido errores y locuras que yo solo puedo lamentar, pero no sabéis las que hubiera cometido si yo no hubiera estado a su lado para contenerla. Sin mí, se hubiera escapado dos meses antes.

EMP.—Si creeis que con este retraso hemos ganado algo...

BAR.—Y Su Alteza puede deciros que, así como en el asunto de su divorcio me ha tenido siempre de su parte, respecto a los amores con el caballero Rosmer siempre halló en mí la mayor oposición.

EMP.—Por eso era en vuestra casa donde se veían.

BAR.—Cuando ya no tenía remedio, señor; por evitar mayores escándalos.

EMP.—Y la fuga, digno remate de la aventura, ¿quién la facilitó?

BAR.—La Princesa amenazaba con suicidarse, estaba loca. ¿Y qué deciros, señor? Yo adoro a la Princesa...

ELENA.—¡Mi buena amiga! Y mi gratitud será eterna.

BAR.—Ya lo veis, se me insulta, pierdo la gracia del Emperador... El honor de una Rosemberk puesto en duda. El Emperador habla con reticencia de mi vida pasada, una vida de virtud ejemplar. Sólo me queda el cariño de Vuestra Alteza... ¡Princesa de mi corazón!

ELENA.—¡No os faltará nunca, Baronesa de mi alma!

EMP.—¡Por vida! No hay paciencia. Sois insoportable, Baronesa. No volváis a presentaros en la Corte bajo ningún pretexto. Concluyamos de una vez. Tus pretensiones serán, sin duda, como las de tu primo, otro héroe de una novela de amor; pero por lo visto confiáis poco en el amor para asegurar vuestra felicidad, y pretendéis seguir disfrutando de vuestra asignación como Príncipes, ¿no es eso?

ELENA.—Me ofendéis. Mi única pretensión es que se admita mi demanda de mi divorcio, que pueda yo disponer libremente de mi corazón.

EMP.—¿Después del escándalo de la fuga? ¿No sabes que nada conseguirás? El caballero Rosmer es tu cómplice, la misma ley se opondría a tu matrimonio con él,

ELENA.—No es cierto. El caballero Rosmer era el secretario del Príncipe, y como tal me acompañó en mi viaje. Yo no le amaba entonces... La Baronesa puede asegurarlo.

BAR.—Lo juro por todos mis antepasados.

EMP.—Y yo no lo creo, Baronesa. Terminemos: el escándalo producido en el mundo entero por vuestras locuras, el borrón indeleble que habéis arrojado sobre nuestra dinastía, sin contar con las perturbaciones morales y políticas que padece el Imperio por culpa vuestra, imponen la mayor severidad en el castigo. Princesa Elena: para merecer el perdón sólo os queda un medio. Seréis declarada falta de juicio, y recluída durante algún tiempo, según vuestro comportamiento, en alguno de los sitios reales.

ELENA.—Gracias. Si soy culpable quiero ser responsable de mis culpas. ¿No tenéis otro medio para enmendarlas? Francamente, no comprendo vuestro modo de velar por el buen nombre de la familia. Yo creo que siempre será mejor garantía para el Imperio saber que somos capaces de enamorarnos en nuestro cabal juicio, que no incapaces de todo por imbéciles o por locos. Si empezáis a declarar locos en la familia tenéis para rato, y no es seguridad para los pueblos la de estar gobernados por una familia en que haya tanta gente sin juicio.

EMP.—¿Aún te burlas?

ELENA.—No, no me burlo. Comprendo que hice mal en acudir al corazón de quien nunca lo tuvo.

EMP.—¡Insolente! ¡Lejos de mí! ¡Lejos de Suavia!

ELENA.—Sí, lejos de aquí los que buscamos la verdad de nuestra vida en la verdad de nuestro corazón, los que no supimos aprender a vuestro lado y al de los Príncipes que seguirán cerca de vuestro trono, y dignos de vuestro afecto, a guardar hipócritas las apariencias del amor y del respeto, por lo que ya no se ama ni se respeta. Queden aquí con todos sus honores el Príncipe Miguel, que no se casará con una actriz como el Príncipe Esteban, pero está en relaciones con tres o cuatro; la Princesa Leonor, que no pretenderá divorciarse, porque nada mejor que un marido para disimular el horror al matrimonio, la Princesa Clotilde, a quien para nada le estorba el suyo... Esas son las virtudes oficiales, las que no escandalizan ni ponen en peligro la tranquilidad del Imperio. Yo no soy así; y tenéis razón, hice mal en acudir a vuestras leyes cuando puedo invocar la ley de mi propia conciencia. ¡Qué locura! ¡Pedir a los demás lo que está en nosotros mismos!... ¿Para qué intentar revolucionar el mundo? Basta con revolucionar nuestro espíritu. Oído: en este momento, yo, la Princesa Elena, acabo de sentirme feroz anarquista. El mundo, vuestro Imperio, la sociedad entera con sus leyes, con su moral, con sus mentiras... quede todo conforme estaba, que nadie intente destruirlo... Hay gentes que no sabrían vivir de otra manera... Pero dentro mí, en mi vida, acaba de estallar una bomba que ha hecho saltar en mil pedazos todo ese mundo con todas sus leyes y todas sus mentiras... Salgamos de aquí, Baronesa... (Salen la Princesa Elena y la Baronesa.)

El Emperador, después el Canciller.

EMP.—¡Todo se desquicia... me ahogo!...

CANC.—¡Señor!

EMP.—El Príncipe Esteban y la Princesa Elena saldrán hoy mismo de Suavia

sin pretexto para dilatar una hora su permanencia en la Corte. Suspended el Consejo citado para hoy. ¿Había algún asunto urgente que resolver?

CANC.—La ley de reformas sociales.

EMP.—¡Buena ocasión para promulgarla! ¡Para dar que reir! ¡Pretender reformar la sociedad cuando mi casa y mi familia anda como ve todo el mundo!... ¿Y qué más?

CANC.—Nada más de importante. Vuestra firma al decreto concediendo una pensión a nuestro gran poeta.

EMP.—¿Poeta? Poetas, filósofos, escritores, esos tienen la culpa de todo. Esos son los que trastornan las ideas y perturban las inteligencias; locos, indisciplinados; no me habléis de poetas. ¡Ah! Y esa canción estudiantil que celebra los amores de la Princesa, que no vuelva a oirse... ¿La sabéis por casualidad?... ¿Qué dice?

CANC.—No la recuerdo... No tiene mérito alguno... Aconseja a la Princesa que desprecie a la Corte y a los cortesanos; que entre los estudiantes y los enamorados hallará su verdadera Corte... el reino del amor... desatinos...

EMP.—Ya veo... ¿Y dice algo de mí?

CANC.—Nada de particular. El estribillo: Deja al viejo Emperador; qué sabe él lo que es amor...

EMP.—¿Qué sabe él lo que es amor?... Bien está, retiraos... Necesito descanso... ¡Ah! ¡Cuidad de la Prensa! La hemos dejado demasiada libertad en estos tiempos.

CANC.—Ya hemos acordado lo que debe hacerse. Descansad, señor...

EMP.—Buenas noches. (Sale el Canciller.) El viejo Emperador... ¿Qué sabe él lo que es amor?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En una estación de invierno, entre Italia y Francia. Gran salón en el Casino.
Diana de Lys, la Reina de Saba, Acompañamiento.

DIA.—Es casualidad; dos años seguidos me sucede lo mismo. En el momento de verte, acierto un pleno. Es el primero que acierto en toda la temporada. ¿Vienes de París?

REI.—Dando un rodeo.

DIA.—¿Cuándo has llegado? Leo todos los días las listas de viajeros.

REI.—Es que ahora han dado por llamarme con otro nombre. Desde que representé el invierno pasado en Olimpia la pantomima «La reina de Saba»... Tú viajabas entonces por Italia. ¡Un éxito loco! Tanto como tú cuando hiciste el «Baño de la parisienne», pero yo me desnudaba más veces; la última, sobre todo, delante de Salomón; ese canalla de Fló-fló, inventó una combinación de luces...

DIA.—Si lo hubiera sabido, vuelvo de Italia... ¿Y tuviste buena prensa?

REI.—Admirable. «Lorrain» dos columnas de insultos, que nunca le agradeceré bastante. Desde entonces nadie me conoce más que por la Reina Saba.

DIA.—Ahora recuerdo, leí el nombre y pensé, ¿quién será esta nueva?...

REI.—Pues era yo, salvo la novedad...

DIA.—¿Vienes sola?

REI.—Completamente. Es viaje de recreo. ¿Y tú? ¿Acompañas siempre al Condesito? ¿En qué millón está? En París aseguran que en los últimos.

DIA.—Al paso que lleva... Todavía si los gastara en él, pero se divierte en verlos gastar.

REI.—¿Sigue tan aburrido como siempre?

DIA.—Ha llegado a lo supremo. Ya no se conmueve ni se molesta por nada; los que le rodean viven por él; su secretario, sobre todo, Chantel.

REI.—Le conozco. Sabrá aprovecharse.

DIA.—¡Ya lo creo! Y todo el mundo. El Conde compra coches y automóviles y él ni los ve siquiera; sus amigos y los amigos de sus amigos los pasean y lucen. Entrega a manos llenas los billetes de a mil para que los otros jueguen y pierdan naturalmente, y él ni siquiera asoma por la sala de juego. Se habla de un

espectáculo cualquiera, envía a sus amigos y prohibe que le cuenten después lo que han visto. Hasta las extravagancias en el vestir, a que era antes tan aficionado, ahora se las impone al secretario.

Rei.—Y tú, ¿has quedado también para el secretario?

Dia.—A mí me quiere todavía. Soy la única persona que tiene influencia sobre él. Tanta que, de seguro al regresar a París este año, seré la Condesa de Tournerelles. No te ofendas si aquí no me reuno mucho contigo; aquí tengo un círculo muy selecto y no me conviene coprometerme.

Rei.—¿Qué círculo es ese?

Dia.—Ya sabes que el arte y la devoción son dos pretextos que han servido siempre para mejorar de clase. Los artistas y los devotos, con tal de que se guarden las apariencias, admiten encantados a todo el que llega a su grupo.

Rei.—¿Te has hecho devota?

Dia.—No. Eso lo guardo para la vejez. Por ahora, basta con el arte. Frecuento un círculo de artistas amantes de la música. Pero ¡qué música! La música de Wilf. ¿Tú no sabes quién es Wilf? Ni te importa. Fué un genio que murió desesperado en un manicomio porque nadie entendía su música; pero después de su muerte, su viuda Mme. Clemencia Wilf y su hijo Godofredo...

Rei.—¡Qué nombre!

Dia.—Se llama así, porque es el nombre de un poema sinfónico de su padre. Su viuda y el hijo y unos cuantos admiradores y devotos de la música divina de Wilf se propusieron que fuera admirada y conocida por todo el mundo; fundaron una sociedad por acciones, dieron conciertos, dirigidos unas veces por Wulf. ¿Tú no conoces a Wulf? Otros por Godofredo Wilf; y si al principio nadie les hacía caso, y unas veces les silbaban y otras les insultaban y hasta les arrojaban patatas, poco a poco la mujer de Wilf se impone, los fanáticos aumentaban, la gente se volvía loca.

Rei.—¿Y a tí te cogió la locura? No sigas...

Dia.—No lo creas, ni a mí ni a nadie, fuera de algunos engañados de buena fe, que son indispensables para el buen éxito de todo negocio. La viuda, el hijo, el maestro y los músicos que los acompañan, explotan muy lindamente el snobismo de mucha gente que a su vez se da por bien explotada, pareciendo superior a los demás mortales con entender y admirar la música de Wilf. Como entre esta gente figuran personas muy distinguidas, yo hago valer mi influencia con el conde de Tournerelles para inscribirle como accionista de la Sociedad de conciertos de Wilf, Wulf y Compañía. Los socios me acogen con entusiasmo; se me perdona mucho porque amo mucho... la música del maestro, del ídolo; me codeo con gente «chic»; princesas, grandes damas, grandes artistas, y preparo mi entrada en la mejor sociedad de París del brazo del conde de Tournerelles y en alas de la música de Wilf... ¡Y viva el arte, mi querida amiga!

Rei.—Tienes un talento que asusta. Si hubieras sido hombre, hubieras sido lo que hubieras querido.

Dia.—Es que eso es lo primero que no hubiera querido ser: hombre. Ahora... perdona. Llega mi gente. Ya nos veremos.

Rei.—¡Qué fastidio! No me has dicho quién hay por aquí.

Dia.—Está muy aburrido. Ya nadie viene a distraerse; todos vienen con algún interés. Nunca ha estado esto tan triste en vísperas de Carnaval. La única que se divierte es la Zaragoza, la Española... como todo le coge de nuevas...

Rei.—¿Está aquí ese animal salvaje? Si lo sé no vengo. ¿No sabes que el verano pasado, en Trouville, dimos un escándalo? Nos pegamos en pleno Casino; se cruzaron apuestas, hubo empate...

Dia.—Ya me lo contarás. Bien venida y buena suerte.

Rei.—Hasta la vista, Condesa. (Sale.)

Diana, Mme. Wilf, Wulf, Mr. Wilf, Elsa Kenisberg y la Duquesa de Arcole.

Dia.—Señores, ¿ha terminado ya la ópera?

M. Wilf.—No hemos podido tolerar más que dos actos, y eso por galantería hacia los artistas. ¡Qué ópera! ¡Llamar ópera a eso!

Wulf.—¡Y pensar que la humanidad ha vivido en esa creencia!

WILF.—¡Y que aún hay quien oye esa música como si fuera música!
ELSA.—La Condesa ha tenido el buen gusto de no acompañarnos.
DIA.—Salvo la música, hubiera tenido mucho gusto; pero cuando me dirigía al teatro me encontré con una amiga de colegio... Y el Príncipe, ¿no vendrá esta noche?
ELSA.—El Príncipe tiene el mal gusto de escuchar la ópera hasta el final.
DIA.—¿Y qué hay, señores? ¿Se ha combinado ya nuestro concierto? La Sociedad del Casino ¿acepta las condiciones?
WILF.—Todo está convenido. Sólo faltan detalles. Será un acontecimiento.
ELSA.—¡Qué programa!
WILF.—Aquí nos atrevemos a todo. Contamos con un público inteligente.
WULF.—Convencido .
M. WILF.-Aquí no se trata de iniciar a una multitud de neófitos, sino de oficiar ante una «élite» de creyentes.
WILF.—Aquí oiréis lo que no habéis oído nunca. Los tres grandes poemas: el poema del Sueño, el poema de la Idea y el poema del Silencio.
M. WILF —La obra capital de Wilf.
WULF.—La que todavía no ha entendido nadie.
WILF.—La que dejaría de ser lo que es el día que se entendiera.
M. WILF.-La única vez que se ejecutó en Londres se desmayaron cinco señoras, y a los pocos días se suicidaban los dos primeros violines que habían tomado parte en el concierto.
WULF. -Yo no puedo dirigir esa obra sin una preparación, estoy por decir, religiosa. Ocho días antes no salgo de mi habitación, no hablo con nadie; sólo leo las pocas y sublimes páginas que nos legó el maestro; sólo me alimento lo preciso para sostener mis fuerzas; llego a producirme una exaltación mística, único modo de aspirar a la interpretación de la sublime obra. Cuando termina el concierto, madame Wilf os dirá cuál es mi estado.
M. WILF -¡Lastimoso! Sólo a fuerza de friegas y ponches de ron conseguimos que reaccione. Por eso es una obra que sólo puede ejecutarse de tarde en tarde. Mi hijo no puede dirigirla todavía.
WILF.-La estudio desde hace seis años, y mi interpretación se aparta en todo de la del maestro Wulf.
WULF.—Pero no explicáis las razones; por ejemplo: ¿a qué obedece vuestra opinión de que debe ser lento el segundo tiempo del poema de la Idea y vivo el del Silencio? Cuando lo ideal sería que el Silencio no llegara a escucharse, y, en cambio, la Idea, pasara rápida como el pensamiento. ¡Ah, si yo encontrara ejecutantes que me siguieran!
M. WILF.—La discusión es muy interesante. ¿Qué opináis, Condesa, y Vuestra Alteza y la Duquesa?
DUQ.—(Despertando.) ¡Ah! Perdonad...
DIA.—La Duquesa no ha pasado de la música italiana.
DUQ.—¿Qué queréis? A mi edad no se cambia el gusto. Para mí no se ha hecho nada mejor que «La Sonámbula», y como pieza de concierto «La Mandolinata».
DIA.—Pero Duquesa...
DUQ.—(Bajo a Diana.) ¡Cállate! Estoy de música y de sociedad...
DIA.—Disimula.
DUQ.—Si yo sé esto, cualquier día te sirvo de dama de compañía.
DIA.—Calla, que se fijan en todo.
DUQ.—¿Por qué he de callar? Si aquí todos estamos lo mismo. Representando lo que no somos. Ni la Princesa es Princesa, ni tú Condesa, ni yo Duquesa, ni esta viuda del músico será viuda, si fuéramos a ver, ni la música de su difunto es música, si fuéramos a oir... Di que todos estamos a lo nuestro, y a todos nos conviene pasar por todo.
DIA.—¡Duquesa!
DUQ.—¡Cállate! ¡Lo que nos divertíamos aquí otros años!...
DIA.—Entonces era la juventud, la irreflexión. Hay que pensar seriamente.

DUQ.—Pero, ¿quién puede aguantar a esta Princesa, que no hace dos meses cantaba operetas y música de organillo, dándoselas ahora de gran señora y de artista sublime?

DIA.—No me comprometas, que acabarás por hacerme reir. (Alto.) La Duquesa confiesa que ella, en el fondo, comprende la superioridad de la nueva música, de la única música.

DUQ.—Sí, sí... yo comprendo, yo siento; pero no me neguéis que aquello de... (Tarareando.) siempre hace llorar.

ELSA.—¡Duquesa!

DUQ.—Cuando poseamos nuestro Templo, nuestro Bayreuth...

WULF.—¡Oh, nuestro Bayreuth! Una leyenda llamada a desaparecer.

M. WILF.—Sí; Wágner fué algo, un precursor tímido.

WULF.—Acertó algunas veces. Pero cuando poseamos nuestro Templo, nuestra gran sala de conciertos sobre una montaña, a orillas del mar, en una isla si fuera posible...

WILF.—Donde una vez al año se congregaran todos los creyentes.

WULF.—Esperemos, que muy pronto será realidad nuestro sueño.

M. WILF.—Contamos para ello con grandes capitales.

WILF.—No sólo para el Templo, sino para la construcción de hoteles, restaurants y cuanto sea necesario.

WULF.—Puede ser un gran negocio.

M. WILF.—Puede serlo; pero no pensemos en ello: pensemos en él nada más.

WUL.—Cierto. Más que en él, en ella, en su Idea; más que en lo que hizo, en lo que pudo hacer.

M. WILF.—En el ideal...

DUQ.—(Bajo a Diana.) Si esta gente no sacara dinero de todo esto, diría que no la había visto más loca en mi vida.

Dichos, el Conde de Tournerelles y Chantel.

CONDE.—¡Muy gracioso ese lance, muy gracioso! ¿Y si se hubiera presentado algún caballero y te hubiera desafiado? ¡Más gracioso todavía!

CHAN.—Perdonad; esta vez hubierais tenido que desafiaros en persona. Yo hablé a Su Alteza en vuestro nombre, por encargo vuestro.

CONDE.—Porque de lejos me pareció una «cocote»; pero tú debiste informarte.

CHAN.—¿Qué queréis? Me acerqué, y de cerca me siguió pareciendo lo mismo. Estaba sentada en una de las mesas de treinta y cuarenta; a su lado una señora de edad, pero nada respetable; las dos jugaban y reían como locas; figuraos que una jugaba a encarnado y la otra a negro, y luego apostaban entre ellas...

CONDE.—Es gracioso. ¿Y tú?

CHAN.—Yo me atreví a proponerles una combinación, que ellas aceptaron encantadas. Ya sabéis, la infalible. Pusieron su dinero a mi disposición...

CONDE.—¿Te quedaste con algo?

CHAN.—Os aseguro que no; se perdió todo. La Princesa, la que resultó luego ser Princesa, pasaba de continuo su brazo escotado por mi espalda. Yo soy muy nervioso; bajo el tapete verde, mi pie oprimía el suyo con fuerza...

CONDE.—¿Y ella?...

CHAN.—No era ella, era la venerable dama de compañía, de ahí la equivocación. Cuando quise atreverme a lanzar mis proposiciones... vuestras proposiciones, la Baronesa de. . no recuerdo el título. me abrumó con los dicterios más injuriosos, y entonces supe quién era la gran señora a quien habíamos juzgado tan ligeramente.

CONDE.—¿Y ella?

CHAN.—Ella no parecía muy ofendida; al contrario, se levantó riéndose a carcajadas.

CONDE.—Entonces debemos continuar la aventura. Esa Princesa, ¿no es la Princesa Elena de Suavia, la que se fugó con el Secretario de su marido?

CHAN.-Y con él está aquí esperando a que el Emperador le permita divorciarse.

CONDE.—¿Divorciarse? ¿Para qué? ¿Para casarse con el Secretario? Sería un final indigno. Esa Princesa me divierte. Estoy por emprender yo mismo la aventura; una Princesa vale la pena de que uno se moleste.

CHAN.—Si supiérais que, según me han asegurado, la enamorada pareja anda muy mal de fondos, y trata de negociar un empréstito a toda costa... El Emperador los sitia por hambre. El Príncipe consorte ha hecho publicar en todos los periódicos del mundo que él no reconoce las deudas de su esposa. Los demás parientes, por no malquistarse con el Emperador, también la niegan su protección; el treinta y cuarenta no les ha sido muy propicio, y...

CONDE.—Admirable. Entérate de todo. Para acercarme a la Princesa, tengo el pretexto de ofrecerle mis excusas por la torpeza de mi Secretario.

CHAN.—Gracias...

CONDE.—La música de Wilf puede dar ocasión a un concierto en mi Villa, al que puedo invitar a Su Alteza...

CHAN.—¿Y si Diana sospecha?...

CONDE.—Diana tiene mucho talento para molestarse... Sabe que estoy decidido a casarme con ella, a pesar de todo. A ella y a mí nos conviene rodearnos de la mejor sociedad, cueste lo que cueste.

CHAN.—Y cuesta bastante. A propósito. ¿Por cuánto os suscribís por fin en la Sociedad Wilf para la construcción del gran teatro? Esta gente no me deja vivir; no ve la hora de coger el dinero.

CONDE.—Cinco mil francos más que el mayor accionista.

CHAN.—Es que hay algunos figurados por cantidades fantásticas...

CONDE.—Entonces... cincuenta mil francos. Ya lo dije.

CHAN.—¡Ah!... Esta cartita... La Zaragoza, la bailarina española, me escribe, os escribe... El Carnaval se aproxima, necesita deslumbrar en la batalla de flores, en los bailes del Casino.

CONDE.—Diez mil francos...

CHAN.—«El Eco de la Costa Azul» os ha dedicado una brillante crónica de su más brillante cronista. Escribe también...

CONDE.—Tres mil francos.

CHAN.—Y el «Monitor del Gran Mundo» publica vuestro retrato... y el mío.

CONDE.—Tres mil quinientos...

CHAN.—Y en estos días había perdido...

CONDE.—Te empeñas en jugar combinaciones ridículas.

CHAN.—¿A qué hora podrías firmar mañana los cheques?

CONDE.—¿A qué hora? ¿A qué hora podré yo firmar mañana? ¡Qué fastidio! No sé; a cualquiera hora. Procura enterarte de cuanto se refiera a la Princesa; es lo único que puede distraerme... Voy a saludar un instante.

CHAN.—Me enteraré de todo. (Sale.)

CONDE.—(Acercándose al grupo.) Señores... Alteza... Madame...

M. WILF.—Creo que mi hijo os ha expresado ya mi agradecimiento por vuestra generosidad en apoyo de nuestra obra...

CONDE.—No vale nada.

WULF.—Sois un alma de artista, digno de comprender la obra.

WILF.—Vuestro nombre figurará en el Templo.

DIA.—Asistiremos todos los años.

CONDE.—(Bajo.) Eso sí que no; sería demasiado...

DIA.—Calla.

CONDE.—Y antes que el concierto público anunciado, ¿no podía prepararse algo más íntimo en mi «villa»? Yo creo que la música de vuestro esposo necesita, para ser bien comprendida, un auditorio selecto, una atmósfera de intimidad, de...

DIA.—Sí; puede organizarse un pequeño concierto.

WILF.—No hay inconveniente.

M. WILF.—(Bajo.) Cincuenta mil francos merecen la molestia.

WULF.—Yo me encargaré de todo. El señor Conde no tiene más que designar día...

ELSA.—Yo me ofrezco a cantar aquella lamentación muy... aquella página admirable...

M. WILF.—¿Qué decís, Alteza? Será la primera vez que una verdadera artista haya interpretado esa página.

ELSA.—Pondré en ella todo mi sentimiento del arte.

WULF.—El espíritu del maestro se estremecerá en aquel instante.

M. WIL.—El os oirá. Estoy segura.

CONDE.—(Bajo a Diana.) Tendrá que oir Su Alteza.

DIA.—Sí; desde la bella Elena a la música de Wilf, es demasiado salto.

CONDE.—No tanto como desde princesa de teatro a princesa de veras.

DIA.—Sí; pero el terreno del arte no se presta tanto como el terreno social a esos saltos mortales. Con grandes y con reyes se codea cualquier advenedizo; con Shakespeare y con Beethoven no es tan fácil... Yo no me tengo por tonta.

CONDE.—No, ciertamente.

DIA.—Intenté ser artista y no pude lograrlo...; intenté ser Condesa... y no hago tan mala figura...

M. WILF.—Es muy tarde; nos retiramos. Godofredo consagra la noche al estudio...

WULF.—Yo necesito también recoger mi espíritu en vísperas de un gran concierto.

ELSA.—Por lo visto, el Príncipe soporta la ópera hasta el final. Yo también me retiraría.

CONDE.—El Príncipe no está en el teatro. Entraba en la sala de juego hace poco.

ELSA.—¿En la sala de juego? Me disgusta.

CONDE.— A estas horas está muy animada.

ELSA.—¿Me acompañáis a buscarle?

CONDE.--Con mucho gusto.

M. WILF.—Señores... (Al Conde.) ¿Cuándo os dignáis señalar el día para esa audición particular?...

CONDE.—¡Ah, sí!; descuidad... Tengo mucho interés... (Salen todos.)

La Princesa Elena y la Baronesa de Rosemberk.

BAR.—Conmigo no volvéis al Casino; ¡no quiero ser responsable de lo que os suceda! Bastantes responsabilidades... ¡ay! y bastantes remordimientos pesan sobre mí. No sabéis qué noches paso; sólo a fuerza de morfina logro aletargarme, pero el sueño, ese sueño benéfico que solo una conciencia tranquila proporciona, huyó de mis ojos para siempre.

ELENA.—Sí; creéis que vengo por mi gusto al Casino. Me divertía las primeras noches, por la novedad. Yo no había asistido más que a las fiestas aburridísimas de la Corte; sólo había visto algún Casino de nuestros aburridísimos balnearios, y ya sabéis, cuando asistíamos alguno de la familia imperial, todavía estaban más aburridos. Pero ya satisfecha la curiosidad, no vendría aquí nunca.

BAR.—¿Pues dónde iríais?

ELENA.—A otros sitios más divertidos... o peores, que es lo mismo. He notado que los sitios que da en decir la gente que son malos son los más divertidos; de donde deduzco que el infierno, que es el de peor fama, debe de ser divertidísimo.

BAR.—Alteza... Afligís mi corazón como no tenéis idea. No es posible que sintáis nada de lo que decís desde hace algún tiempo.

ELENA.—Desde que me he propuesto decir todo lo que pienso y hacer todo lo que sienta. ¿No es eso?

BAR.—Ya véis a lo que habéis dado lugar esta noche. A que un insolente deslizara en mi oido frases que yo no pensé escuchar nunca. Y en mis manos un billete de cien francos, diciéndome al mismo tiempo: «facilitadme una entrevista con vuestra amiguita...» ¡Creí morirme al escucharlo!

ELENA.—¿Y no es gracioso? Yo, en vuestro caso, hubiera aceptado los cien francos y los hubiera jugado a pleno... Estoy segura de que hubiera ganado.

BAR.—Alteza... No sé cómo deciros que todo esto me costará la vida. Pen-

sad que el mundo entero está pendiente de vuestros pasos; que desde Suavia nos siguen y nos observan...

ELENA.—Por eso mismo, no quiero que vean que estoy triste ni aburrida un solo momento.

BAR.—Y lo estáis, sin embargo, a pesar vuestro; sólo la paz de la conciencia...

ELENA.—Dejad la conciencia; la mía está en paz con todo el mundo. No tenía hijos a quien perjudicar con mi conducta, lo único que la hubiera hecho indisculpable; a mi marido no hago más que pagarle, sin grandes réditos, todas las groserías y brutalidades que le debía; a la Corte de Suavia una vida de mortal aburrimiento, y una continua abdicación de mi voluntad. He saldado la cuenta con todos ellos; conmigo es con quien no estoy satisfecha.

BAR.—¿Y por qué?

ELENA.—Porque es inútil renovar nuestro espíritu cuando todo continúa lo mismo a nuestro alrededor. No es el porvenir, es lo pasado lo que gobierna al mundo. La historia, la maldecida historia, es el gran tirano de las naciones y de los hombres. Si fuera posible nacer a la vida el día en que con plena conciencia, con plena libertad, podemos afirmar esta es nuestra vida; pero ni siquiera desde el primer día de nuestra vida podemos decir que nacemos; vivíamos desde mucho antes, desde muy antiguo, desde muy lejos. La vida es una selva mil veces centenaria, y como sus árboles seculares, nuestras almas tienen raíces muy hondas. Las ramas que mueve el aire nos parecen alas que en vano agitamos ansiosos de aire, de luz, de libertad...

BAR.—Lo que significa...

ELENA.—Significa que yo hubiera renunciado sin pena a toda mi vida pasada, pero a toda en absoluto. Pero, ¿de qué me sirve olvidar lo que fuí, si nadie lo olvida a mi alrededor? Si todos me imponen las mismas obligaciones y las mismas ceremonias de la Corte de Suavia... Todos, el primero él, quien menos debía acordarse de lo que fuí. Y así, desde el hombre que me ama, por quien renuncié a mi posición y a mi rango sin tristeza, hasta los últimos criados y el comerciante que me vende cualquier baratija, y el mendigo que me acosa en la calle, todos me recuerdan que soy la Princesa de Suavia, que ni en mi trato, ni en mi ostentación, ni en mis gastos, puedo dejar de serlo; los honores que me niega el Gobierno de Suavia oficialmente, me los conceden todos por su conveniencia, y en vano es que yo quiera decir: «Soy una mujer enamorada, una mujer que sólo desea vivir dichosa y olvidada, sin dar a nadie cuenta de sus acciones.» Todos protestan: «No, Alteza, no es posible, sois siempre la Princesa, la Princesa Elena de Suavia...» Y aseguraba el Emperador que con mis locuras había perdido el derecho a la consideración de las gentes; nunca me he visto tan respetada, tan considerada y tan princeseada... Por eso, cuando ese atrevido me confundió con una mujer cualquiera, no pude ocultar mi alegría; es la primera vez que he estado a punto de saber lo que valgo por mí misma.

BAR.—Tened compasión de mis pobres nervios. Decís cosas inauditas. Pero, ¿creísteis alguna vez que nadie podía olvidar lo que érais? Ni en el fondo os agradaría que lo olvidásemos. Lo que os mortifica no es veros considerada como Princesa, sino los apuros que ahora empezáis a padecer para sostener una posición difícil.

ELENA.—Puede que tengáis razón. Es imposible vivir como vivimos.

BAR.—La crisis será pasajera. El Emperador no puede consentir que una sobrina suya...

ELENA.—Cuando se trata de dar dinero, el Emperador lo consiente todo.

BAR.—Entonces...

ELENA.—He inventado varios recursos; pero al caballero Alberto Rosmer le parecen todos muy incorrectos, indignos de una Princesa.

BAR.—Sí, es así; pero como la incorrección sólo sería en la forma, digo yo, porque al fin el Emperador pagará, estoy segura.

ELENA.—Supongo que sí. Ante un escándalo. Pero Alberto no quiere escán-

dalos. Espera todavía que el Emperador consienta mi divorcio y podamos volver a Suavia como Príncipes.

BAR.—No lo creo. El Emperador no consentirá nunca el divorcio de una Princesa de sangre imperial.

ELENA.—Y hace bien. El divorcio es ridículo. Además, suprime la única seguridad del matrimonio, la de no poder volver a casarse. Yo, por mi parte, ya no pienso en él, ni creo que conduce a nada. Mi matrimonio ahora con el caballero Rosmer, después del escándalo, sería como la fe de erratas al final de un libro, cuando ya se ha leído el libro; no enmienda ninguna y las recuerda todas.

Dichos y Chantel.

BAR.—Vamos de aquí. ¿No veis? ¡El atrevido de antes; y sería capaz!...

ELENA.—Veamos de lo que es capaz. No me asusta ningún atrevimiento.

CHAN.—Señora Baronesa de... ¡Perdonad si olvidé vuestro título!

BAR.—De Rosemberk.

CHAN.—El aturdimiento que me produjo la incorrección cometida me impidió cumplir como caballero presentando todas mis excusas y pidiendo perdón a la señora Baronesa y a Su Alteza.

BAR.—Su Alteza viaja de incógnito; decid Duquesa...

CHAN.—¡Perdonad! Para mí, Su Alteza siempre será Su Alteza.

ELENA.—Y para todos; es igual.

CHAN.—Ante todo debo advertir, en disculpa mía, que si me dirigí a Su Alteza fué por encargo del Conde de Tournerelles, de quien soy secretario particular. El Conde no ve muy bien desde lejos y creyó...

ELENA.—No tiene nada de particular. En esta Cosmópolis, donde todos aparentan lo que no son, bien puede tomarse a una princesa por una «cocotte», cuando hay tantas «cocottes» que parecen princesas...

BAR.—El conde de Tournerelles ¿es el que ha dado tanto que hablar con sus extravagancias? Al que llaman... ¡perdonad, olvidaba que sois su secretario!

CHAN.—Pero eso no es un secreto. En París le llama todo el mundo el Chocolaterito, porque el origen de su fortuna fué una fábrica de chocolates, fundada por su abuelo, el cual llegó a París sin un cuarto.

ELENA.—¡Y sin zapatos, es la leyenda de todas las grandes fortunas!

CHAN.—Lo cierto es que, a los veinte años de llegar a París y establecer la primitiva y modesta fábrica, empezó a comprar terrenos, a edificar casas...

BAR.—¿Aprovechando los chocolates?

CHAN.—Aprovechándolo todo. El caso es que hoy su nieto es archimillonario, Conde; París, entre burlas y veras, le dispensa una atención que sólo han sostenido tanto tiempo Sarah Bernardht y la Otero... Lanza las modas...

ELENA.—Y a las mujeres más hermosas de París, según mis noticias. La famosa Diana de Lys ¿no fué invención suya?

CHAN.—¿La Condesa Diana de Lys?

ELENA.—¡Ah! ¿Se llama Condesa también?

CHAN.—¡Es una mujer muy inteligente! Ha logrado dominar al Conde a fuerza de talento, y logrará cuanto se proponga, hasta casarse con él, que es lo que se ha propuesto.

ELENA.—¡No sabéis cuánto me divierten esas historias!... Gente que lucha, gente que vive...

CHAN.—Pues aquí no faltan. Su Alteza lleva, sin duda, una vida muy retirada, por gusto de Su Alteza sin duda, porque este medio facilita, sin comprometerse, toda clase de relaciones. ¿No habéis oido hablar de la Sociedad Wilf, Wulf y Compañía?

ELENA.—¿Qué Sociedad es esa?

CHAN.—El mejor pretexto que ha podido encontrarse para hallar un terreno neutral en que todo el mundo se codea y se comunica, cada uno con su interés particular, y en apariencia todos con un ideal artístico... La música de Wilf.., la Sociedad para la construcción de un gran teatro... no se habla de otra cosa. Si Su Alteza quiere asistir a un concierto en la «Villa» del Conde, el Conde será muy dichoso si aceptáis su invitación.

ELENA.—Desde luego. ¿Decís que asiste gente de todas clases?

BAR.—¡Alteza!

CHAN.—¡Gente muy distinguida! Su Alteza el Príncipe Esteban entre otros.

ELENA.—Eso me desagrada. No estoy en las mejores relaciones con mi primo... Es un carácter serio.

BAR.—¡No, Alteza; donde asiste el Príncipe Esteban no podéis asistir! ¡Os veríais obligada a admitir la presentación de su esposa... la Kenisberg, una cantante de opereta!...

ELENA.—Es verdad; estoy en el caso de ser intransigente. Sois muy ridícula, Baronesa.

BAR.—¡Alteza! Me veré al fin en el triste caso de tener que abandonaros... Trastornais por completo todas mis convicciones.

ELENA.—Vuestras convicciones y las mías quedaron en Suavia. Decid al Conde que tendré mucho gusto en aceptar su invitación y de asistir al concierto.

BAR.—¡Oh!

CHAN.—Para el Conde será una verdadera felicidad. ¡Alteza... a vuestros pies!... Baronesa, permitidme un momento... ¿Dónde podría hablaros un instante a solas?

BAR.—¡Caballero! ¿No iréis a ofrecerme otro bilete de cien francos?

CHAN.—¿Quién se acuerda? No, ahora debo ofreceros algo más...

BAR.—¡Caballero!

CHAN.—¡Tranquilizaos! Yo sé que Su Alteza negocia un empréstito de importancia y halla dificultades...

ELENA.—¡Baronesa!

BAR.—¡Permitid! El caballero me dice algo muy importante. ¡Sabéis...!

CHAN.—El Conde está dispuesto a facilitar las negociones y a servir a Su Alteza en cuanto se la ofrezca.

BAR.—¡Ah, vamos! El Conde negocia...

CHAN.—No se trata de una especulación. Al Conde le basta con el solo nombre de Su Alteza como garantía. Podéis decírselo así, y espero la contestación de Su Alteza. (Sale Chantel.)

La Princesa Elena y la Baronesa.

ELENA.—¿Qué secreteabais con el Secretario?

BAR.—Algo muy serio. No sé qué pensar. Figuraos que en el nombre del Conde me ha dicho que os ofrezca cuanto necesitéis, sin más garantía que vuestro nombre.

ELENA.—¿De veras? ¡Estamos salvadas!

BAR.—¡Alteza! Vuestra imprevisión me aterroriza. Pensad que el dinero ofrecido así... por una persona desconocida...

ELENA.—Una persona que, tarde o temprano, sabe que ha de pagársele; que tiene bastante práctica en los negocios y bastante habilidad para comprender que la confianza dispensada y el desinterés aparente, son un motivo más para obligarme...

BAR.—Es posible. Pero con estos «parvenus» es menester estar prevenidos. ¿Quién sabe si en el fondo lo que desea es comprometeros, valerse de vuestro nombre para algún negocio dudoso?

ELENA.—¡Bah! Hoy día mi influencia personal para nada significa, yo no puedo vender secretos políticos ni financieros... Yo sólo creo que el Conde paga con su ofrecimiento el lujo de presentar una Alteza más en su casa y en sus fiestas, entre esa sociedad algo mezclada que le rodea... Estoy segura de que mi primo se habrá hecho pagar también del mismo modo su amistad con el Conde. El Príncipe Esteban debe estar más apurado que yo... Nadie mejor que él puede informarme...

BAR.—Temo que vais a comprometeros en alguna aventura peligrosa. Este Conde, esa Condesa, este Secretario... esa Sociedad de músicos, y, sobre todo, la aproximación al Príncipe Esteban, y, por consiguiente, a su esposa... Ya sabéis que, en el fondo de todo, en la corte de Suavia perdonan mejor la separación de vuestro marido que el matrimonio del Príncipe Esteban.

Elena.—Eso prueba cómo anda de sentido moral la corte de Suavia. Sobre todo, comprenderéis que el extremo a que hemos llegado no es ocasión de guardar distancias. Para los que amanecen todos los dían con la renta fija que necesitan para todos los gastos de su posición social, sientan muy bien esos lujos de selección en sus relaciones. La moralidad es como la ordenanza para el soldado: no es la misma en tiempo de paz que de guerra. Yo lucho ahora por la vida; sólo cuento conmigo, y lucho con desventaja. ¡Ah! Subir, subir desde muy abajo, como esa Condesa de quien nos hablaba el Secretario, con voluntad, con energía, es muy fácil; a nada ni a nadie se deben respetos ni miramientos. Se dice: «Allí quiero llegar», y se llega. Descender desde muy alto; pretender ocultarse; desaparecer, si es posible, para vivir de otra vida mas íntima, más nuestra, eso sí que es difícil, porque el interés de cuantos nos rodean está en que no descendamos, porque su posición social depende de la nuestra, porque son muchos los que vivían de nuestra vida, que por eso era tan poco nuestra. Pero pensáis mal si pensáis que ahora van a detenerme consideraciones ridículas.

Bar.—¡Sí, ya veo que no os detiene nada! Si todos hicieran lo mismo, ¿qué sería el mundo? Una lucha de fieras. Si nuestro egoísmo no hallara un límite cuando quisiéramos ser dichosos....

Elena.—Sí, hay un límite al buscar nuestra felicidad: el dolor ajeno...

Bar.—¿Y creéis que no habéis traspasado ya ese límite? Pensad cuánta tristeza habéis causado a Sus Majestades, a vuestro esposo, a mí...

Elena.—¡Bah! Esas no son tristezas, no es ese el verdadero dolor. Vanidad, amor propio, preocupaciones de clase, etiquetas de corte; eso es todo lo que yo he herido... pero ningún corazón lloró por mí con tristeza verdadera. Fué indignación, no fué dolor lo que por mí sintieron. Y si una sola lágrima verdadera, de quien nos ama con toda su alma, bien merece que sacrifiquemos toda la felicidad de nuestra vida, a los chillidos y aspavientos de esa otra indignación, que ni es tristeza, ni es amor, ni es indignación siquiera, mal haríamos en sacrificar ni un solo capricho, y mucho menos nuestra felicidad.

Dichas, el Príncipe Esteban y el Conde de Tournerelles.

Est.—Os aseguro, querido amigo, que si acudí a la caja del Casino fué porque la cosa no tiene importancia. Jugué esta noche con una suerte deplorable. Tuve la corazonada de que la suerte cambiaría...

Conde.—Si sólo se trata de esta noche, os perdono, pero no os perdoñaré nunca que dudéis de mi amistad en ningún caso.

Est.—Querido Conde, ya sabéis que sólo espero la ocasión de corresponder a vuestro afecto y a vuestra generosidad.

Conde.—¿Seréis tan amable que me presentéis a vuestra prima la Princesa Elena? Le debo una explicación y una disculpa.

Est.—Con mucho gusto, si estuviera seguro de ser bien acogido yo mismo. Debo confesaros que mis relaciones con la Princesa Elena nunca fueron muy cordiales. La casualidad hizo que, por motivos muy distintos, pero por los mismos días, nuestra conducta produjera grandes disgustos en la corte. Uno y otro creímos que la coincidencia agravaba el enojo del Emperador, y si nunca nos fuimos muy simpáticos, desde entonces aumentó nuestra antipatía.

Conde.—En ese caso, perdonad; yo ignoraba...

Elena.—(A la Baronesa.) No discutamos; es inútil, estoy resuelta; haced lo que os digo.

Bar.—En este instante quisiera poseer el alma heroica de algunos de mis antepasados para oponerme a vuestra voluntad. Por última vez, pensadlo bien.

Elena.—Le hablaré yo misma...

Bar.—No, no; esperad... (Al Príncipe.) Señor...

Est.—¿Eh? ¡Ah! ¡Mi querida Baronesa!... Tengo mucho gusto en saludaros, tanto gusto como sorpresa. La verdad, no me hubiera atrevido a esperar... y mucho menos cuando acompañáis a la Princesa.

Bar.—Es Su Alteza quien me envía...

Est.—¡Ella! Eso sí que es inaudito. Explicadme... Permitid, querido Conde...

Conde.—Yo me retiro, puesto que Su Alteza desea hablaros.

Est.—Esperad cerca; ahora ya es posible la presentación que solicitábais. (Sale el Conde.) ¿Decís que es ella quien?... Yo creía que huía de mí.

Bar.—Eso creía mi señora por parte de Vuestra Alteza.

Est.—¿De mí? ¿Por qué? Al contrario, ahora veréis... ¡Querida prima!...

Elena.—Queridísimo primo, ¿es cierto que no me guardas rencor?

Est.—Yo era el que creía que tú evitabas mi presencia.

Elena.—Ha podido existir esa mala inteligencia entre nosotros. Ahora, ya lo ves, la desgracia nos une. Desterrados los dos por una misma culpa, por haber proclamado la independencia de nuestro corazón.

Est.—El mío era libre...

Elena.—¿Es un reproche? El mío padecía un tirano, impuesto por otro tirano; por lo mismo me considero más heroica que tú. Tú eres Príncipe, como yo, pero eres hombre, y soltero. Yo he tenido que vencer tres tiranías: la de ser Princesa, la de ser casada y la de ser mujer. Figúrate si he necesitado ser valiente.

Est.—Sí, es verdad; fué un desacierto tu casamiento, un capricho inexplicable del Emperador. Has debido sufrir mucho. Pero ahora, ahora, serás feliz como yo.

Elena.—Sí, soy muy feliz, tan feliz como tú. Ahora es la vida, la libertad, el amor verdadero. Todo esto bien vale algunas privaciones que debemos imponernos, y que yo por mi parte, no sentiría, puedes creerlo.

Est.—Ni yo por mí tampoco, te lo aseguro. Pero es injusto que participen de ellos los que nos aman.

Elena.—No somos ricos. Del Emperador no debemos esperar nada... y yo menos que tú. Y mis deudas son muchas y el crédito se agota.

Est.—Dímelo a mí.

Elena.—Yo creí que el Conde de Tournerelles... ¿No es gran amigo tuyo?

Est.—Sí; pero yo no me atrevería a solicitar de él favores de esa clase, a pesar de sus ofrecimientos.

Elena.—Pues haces mal, porque todo el mundo lo cree. Nadie se explica de otro modo tu amistad con él.

Est.—La explicación es muy sencilla. Sería yo un tirano insoportable si pretendiera aislar a mi pobre Elsa de toda relación en el mundo... ¿Y qué relaciones son ahora posibles para nosotros? Entre toda esta gente aquí reunida en completa democracia del dinero y del vicio, los dos grandes niveladores sociales, la única selección posible es entre los contados que se hacen perdonar su dinero y sus vicios por algo de arte y de fantasía. El Conde es uno de ellos. Además, es una excelente persona, de gran corazón, incapaz de una indelicadeza...

Elena.—¿De modo que tú crees que es persona de quien puede una fiarse?

Est.—Sin temor alguno.

Elena.—Acepto por inmejorables tus informes; y como sé que el Conde desea serme presentado, te ruego que no tardes en complacerle.

Est.—En efecto; será una alegría para él. Me dijo que deseaba darte una explicación.

Elena.—Es innecesaria. Tendré mucho gusto en saludarle.

Est.—Al momento, no debe estar muy lejos. (Sale el Príncipe Esteban.)

Bar.—¡Alteza, Alteza!... Rodamos por una pendiente incalculable. Me causáis el mismo terror que si os viera lanzaros a ejecutar el «looping the loop». No sé si mi razón podrá sobreponerse a estas sacudidas. Ved... Esto nos faltaba; el caballero Rosmer, no puede llegar en peor ocasión. Cuando sepa que habéis hablado con vuestro primo... que va a seros presentado el Conde de Tournerelles...

Elena.—Es lo mejor que puede hacer, escandalizarse. Avisadme cuando lleguen mi primo y el Conde. (Sale la Baronesa.)

La Princesa Elena y el caballero Alberto Rosmer.

Elena.—¡Oh, Alberto! ¿Qué ha sido de ti? Has jugado y has perdido. No quieres convencerte. No se puede ser afortunado en todo. Bueno, bueno, cambia de cara o ¿prefieres que cambie la suerte?

ALB.—Esta noche no he jugado. Ya sabes que por mí no jugaría nunca, ni vendríamos al Casino, ni estaríamos aquí...

ELENA.—Sí, sí; conozco el idilio. Tu corazón y una cabaña. ¡Pobre de quien se fíe!... Recuerdo todavía los ocho días que pasamos en el campo, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, solos con nuestro inmenso amor. ¿Quién se aburrió primero?

ALB.—Yo me aburrí de verte a tí aburrida.

ELENA.—Yo me aburrí sin duda de verte a ti muy divertido. ¿Para qué engañarnos? Nos aburrimos los dos. El cariño es muy hermoso, quién lo duda, lo más hermoso del mundo; pero es como el sol, no está su hermosura en la luz propia, sino en que su luz ilumine cosas alegres y risueñas que a su luz parecen más hermosas. Por eso quisiera yo rodear nuestro cariño de todas las cosas alegres y risueñas de este mundo.

ALB.—Sí, ya lo veo. Quieres estar alegre, siempre alegre; eso es el cariño para ti, no pensar nunca en nada serio.

ELENA.—Si yo hubiera pensado seriamente como tú quieres, no hubiéramos sido nunca felices con nuestro cariño, no estaríamos ahora juntos. Porque amo la alegría sobre todas las cosas; no quiero entristecer mi vida ni con la resignación, renunciando a tu cariño para siempre, ni ahora con el remordimiento porque te seguí con toda mi alma. ¿Es que debí aceptar sumisa el destino de toda mi vida impuesto por un Emperador y una Corte toda tradición y veneraciones, donde la voz de los muertos significa más que la voluntad de los que viven? No, yo tenía mi corazón, mi alma, mi vida, que no podía ser aquella, y debí luchar... La vida es sólo esto: o aceptar el medio y el ambiente que nos rodean, sin rebelión, sin protesta, vivir en quietud, en calma, resignados, algo parecido a la muerte, y entonces sientan bien a nuestro alrededor todas las virtudes como estatuas de monumento funerario, o rebelarse, protestar, luchar contra todo, y para luchar sólo hay una virtud, el valor: las demás, por muy respetables que sean sus nombres, no son sino fantasmas del miedo... miedo, lo único que nos impide correr hacia la felicidad con el corazón alegre, cuando la felicidad nos llama en la vida con un solo nombre, amor.

ALB.—¿Y si algún día el amor volviera a llamarte a la felicidad y su voz no fuera la mía? ¿Tampoco te detendría nada?

ELENA.—¿Por qué dices eso? No puedes dudar de mi cariño.

ALB.—Crees tú que no puedo dudar porque te parece que has sacrificado mucho por él.

ELENA.—No es sacrificio renunciar sin pena y sin esfuerzo al medio odioso en que vivía.

ALB.—Si no fué sacrificio, si era tan odioso para ti ese medio, ¿no puedo temer entonces que el deseo de abandonarle significara para ti más que mi cariño... que sin darte cuenta yo sólo representara para ti esta nueva vida, este nuevo ambiente... esta libertad en que ahora te complaces, olvidada de quién eres y de lo que te debes a ti misma?

ELENA.—¡Ah, vamos! Era todo para terminar censurándome como de costumbre. Yo sí que puedo dudar de tu cariño al oirte, porque no ahora, antes, debiste advertir que me había olvidado de quién era y de lo que me debo a mí misma, si es que sólo quisiste en mí a la Princesa Elena de Suavia.

ALB.—No hables así; es que no me comprendes. Es que yo quiero verte respetada siempre, digna de tu posición y de tu rango; es que yo no quiero que nadie juzgue que no fué el amor, sino el deseo de una vida aventurera y fácil lo que nos hizo olvidarlo todo. Es que temo también que tú misma despiertes cuando adviertas las privaciones, para ti intolerables, a que nos obligará muy pronto la realidad... Y entonces, quiero que no hayas descendido tanto que te sea imposible recobrar el puesto a que renunciaste por mi cariño, por mi cariño, sí, quiero creerlo, por mi cariño solo. ¿No es verdad? Mi Princesa Bebé, nacida donde menos debió nacer, para ser el espanto de la Corte de Suavia, como chicuelo travieso en tertulia de anticuarios, para burlarse de ellos y revolver sus pergaminos y sus diplomas y derribar sus cachivaches empolvados.

ELENA.—¡La rebeldía es tan hermosa! ¡Fué en el cielo, fué junto a Dios, y hubo un ángel rebelde que por serlo cambió el cielo por el infierno!

ALB.—Tú lo has dicho, el infierno. ¿Y si algún día lloraras por tu cielo perdido?

ELENA.—Será porque no habré encontrado el que buscaba. ¿De quién sería la culpa? Yo sé decirte que suceda lo que suceda no retrocederé nunca.

ALB.—¿Me querrás siempre?

ELENA.—Si tu cariño responde a lo que de él espero...

ALB.—¿Qué quieres decir?

ELENA.—Ya lo oiste; que no retrocederé nunca.

ALB.—¿Conoces la verdad de nuestra situación? Lee estas cartas.

ELENA.—Sí, acreedores, banqueros que nos cierran sus cajas, amigos que aconsejan... Lo sé; lo esperaba...

ALB.—Es que hasta ahora sólo renunciaste a lo enojoso de tu posición. ¿Sabrás renunciar lo mismo a las ventajas?

ELENA.—No, no renuncio. Lucharé por nuestro cariño... Necesitamos dinero, lo tendremos. Dentro de un instante mi primo Esteban me presentará al Conde de Tournerelles.

ALB.—¿Has hablado con tu primo? ¿Piensas que te presente al Conde de Tournerelles? ¿Tú sabes de qué gente se rodean? Tendrás que admitir en tu compañía a la mujer del Príncipe, a la querida del Conde... y a todo su círculo, esa sociedad de advenedizos y de trapisondistas... No, no es posible; piensa que nos observan desde la Corte de Suavia, que el Emperador puede llegar a perdonarnos si nuestra conducta es digna y corresponde a nuestra situación; pero de este modo...

ELENA.—Dí de una vez que toda tu esperanza y toda tu ilusión es que el Emperador consienta en mi divorcio, en que yo vuelva a ser Princesa de Suavia y tú Príncipe a mi lado. ¿No es eso? ¿Y crees que a fuerza de ser juiciosos, de pasar mil privaciones, vamos a obtener la gracia del Emperador? ¡Qué locura! Sé a qué atenerme; el Emperador solo cederá por miedo al escándalo, cuando mis acreedores le pongan en ridículo.

ALB.—Pero ¿piensas aceptar del Conde de Tournerelles?... ¿Has pensado? ¿Estás loca? ¿Sabes a lo que te obligas, lo que él puede creer, lo que puede atreverse a esperar de tí?...

ELENA.—No cree nada; no espera nada. Cree sencillamente que paga muy barato el lujo de recibir a una Princesa en su casa.

ALB.—Pero ¿tú sabes a quién tendrás que tratar en su casa?

ELENA.—Sí, ya lo sé, ya lo supongo. A hombres y mujeres con pasiones, con vicios, con necesidades, con nervios, con sangre; a gente que vive, que lucha por la vida, que ama, que odia, que intriga, a gente como toda, como tú, como yo. ¡Qué afán de separarnos, de clasificarnos, de creernos distintos los unos de los otros, si todos somos iguales, de la misma raza, la pobre raza humana, que se empeña en dividirse, en odiarse, en separarse en castas, en clases, en personas, cuando toda la simpatía y todo el amor que puedan estrecharnos aún es poco para sobrellevar entre todos la pena de vivir nuestra vida!...

Dichos, la Baronesa y después el príncipe Esteban, el Conde, Elsa y Diana.

BAR.—¡Señora!... ¡Su Alteza... el Conde!... Caballero... ¿Sabéis? No tendréis influencia bastante para impedir... ¡Si supiérais! Hoy mismo he recibido cartas de Suavia... todo se sabe; todo se aumenta. Suponen que vivimos en la mayor depravación; entregados al juego, en perpetua orgía... ¿Queréis creerlo? Hasta suponen que yo tengo un amante. . Notaréis que sólo me sostengo a fuerza de nervios...

ALB.—Es inútil. Su Alteza no atiende a ninguna consideración razonable...

EST.—Querida prima. (Presentando.) El Conde de Tournerelles.

CONDE.—¡Alteza!... No sé cómo presentaros mis excusas por el desagradable incidente.

ELSA.—¡Esteban!... (Deteniéndose, a Diana.) ¿Qué es esto? La Princesa Elena.

¿Es posible? Y ós juraba que no la saludaría nunca... ¡Cuando lo sepa el Emperador!

ELENA.—Voy a presentarte al caballero Alberto Rosmer. ¿No tendréis inconveniente?

EST.—¿Por qué? Sería ridículc suponer que no le conozco.

ELENA.—Alberto. El Príncipe Esteban desea saludarte.

ALB.—¡Alteza!

EST.—Ya tenía el gusto de haberle saludado muchas veces en Suavia...

ELENA.—Preséntame ahora a tu esposa. ¿Lo piensas? ¿Es por ti?

EST.—No; puedes creerlo...

ELENA.—¡Ah, vamos... es por ella!... ¿Será tan celosa como el caballero Rosmer de guardar distancias y respetos? Es gracioso; por ellos renunciamos a nuestro rango; y son ellos los que procuran conservarlo...

EST.—Es gracioso, en efecto. Elsa...

ELSA.—¿Cómo ha sido hablar con la Princesa Elena? Supongo que no me obligarás a que yo la salude.

ALB.—(A Elena.) ¿Por qué me has obligado a saludar al Príncipe?

EST.—Comprende que es ridículo, es mi prima; estamos los dos en tierra extranjera...

ELSA.—Está con su amante, es una mujer casada.

ALB.—Si estuviera solo... Pero está con su mujer, ¡una cantante de opereta!

ELENA.—¡Oh, basta ya! Es insoportable. Veréis cómo se aclara la situación. Conde, presentadme a... vuestra prometida, a la Condesa Diana de Lys...

CONDE.—¡Oh! Encantado... Diana...

DIANA.—¡Tanto honor! Alteza... la mayor felicidad para mí...

ALB.—¿Qué decís de esto, Baronesa?

BAR.—El bromuro ya no me hace efecto; necesito emborracharme, lo que se llama emborracharme de morfina.

ELENA.—Tendré mucho gusto en asistir a su concierto.

DIANA.—¿De veras asistiréis? ¡Oh, Alteza! ¡Tanta bondad!

CONDE.—Será un honor incomparable para nosotros.

ELENA.—Ahora, como nuevo favor, presentadme a la mujer de mi primo. Veo que él no se atreve y discuten muy acalorados.

CONDE.—¡Oh, no! Ahora veréis... Querida amiga. La Princesa Elena desea saludaros.

EST.—¿Lo ves? Con ella, no hay medio.

ELSA.—¡Alteza!

ELENA.—Alteza, no; por mi nombre, Elena... ¿Por qué no queríais saludarme?

ELSA.—No, ¿quién os ha dicho?...

ELENA. ¡Bah! No me ofende. Estoy segura de que llegaréis a quererme mucho.

ELSA.—Es posible. Permitid, la Condesa me hablaba,..

ELENA.—Esteban, ¿no lo ves? ¿No observas a tu mujer y al caballero Rosmer?... Están disgustados, les contraría nuestra amistad, les molesta que no guardemos distancias, respetos y etiquetas.

EST.—Es verdad.

ELENA.—Merecían... sí, lo merecían.

EST.—¿Qué piensas?

ELENA.—¡Nada! ¡Vale la pena de hacer revoluciones en el corazón y en el mnndo para esto! Merecían que volviéramos a acordarnos de lo que somos, ya que ellos no saben olvidarlo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Una sala en la Villa del Conde de Tournerelles.

La Princesa Elena y el Conde de Tournerelles.

CONDE.—La verdad, querida amiga... ¡Perdonad, Alteza!...

ELENA.—Amiga me agrada más.

CONDE.—No extrañéis la familiaridad: sois de esas personas que cuando las

habla uno por primera vez le parece que las conocía de toda la vida. Yo, que, podéis creerlo, no peco de franco ni de confiado, siento que no podría ocultaros ningún secreto de mi vida. Sois como un hada bienhechora; tenéis el don de alegrarlo y de embellecerlo todo. ¡Si os dijera que hasta ahora no he comprendido por qué vivía!

ELENA.—¿Hasta ahora? Pues contad que desde ahora empezaréis a ser muy desgraciado.

CONDE.—¿Por qué?

ELENA.—Porque el único modo de vivir dichoso es vivir sin comprender por qué se vive. Pero, ¿qué ibais a decirme antes?...

CONDE.—¡No recuerdo!... Sí, recuerdo que era un rodeo para deciros otra cosa...

ELENA.—Pues empezad por el rodeo...

CONDE.—Antes de ser vuestro amigo, cuando sólo os admiraba de lejos, me figuraba yo al caballero Rosmer como... ¿cómo lo diré sin ofenderos?

ELENA.—Como un ser ideal, un caballero del cisne, un héroe de leyenda... Y ahora os parece un hombre vulgar, un hombre cualquiera... Se explica, no tenéis término de comparación, no habéis conocido a mi marido.

CONDE.—¡Sois encantadora!

ELENA.—Pero quedamos en que el hablarme del caballero era sólo un rodeo.

CONDE.—¡Para terminar diciendo que os adoro!

ELENA.—Tenéis motivos para creeros mi Lohengrin, puesto que me habéis salvado de una situación difícil; por eso mismo yo, en vuestro caso, retrasaría esa declaración de amor.

CONDE.—¿Por qué?

ELENA.—Porque de ningún modo debe complaceros mi contestación, que, favorable, puede pareceros agradecimiento; desfavorable, ingratitud.

CONDE.—Me bastará con que sea sincera.

ELENA.—¿Sincera? Lo soy estimando vuestras palabras como una galantería obligada, aunque en este caso un poco atrevida.

CONDE.—¿Atrevida? ¿Recordáis distancias?

ELENA.—Al contrario, recuerdo aproximaciones; la de nuestra amistad. De la amistad puede aceptarse todo.

CONDE.—¿Y del amor no, cuando une con mayor fuerza que la amistad? ¡Extraña teoría!

ELENA.—Del amor, no; cuando no puede ser correspondido A la amistad puede corresponderse siempre.

CONDE.—¿Y si hubiera ocasiones en que sólo con amor se puede corresponder a la amistad?

ELENA.—Si entraba en vuestros cálculos que mi amistad sólo pudiera pagaros con mi amor desde ahora os lo digo: mi corazón se declara insolvente, y aceptad la palabra insolvente en toda su amplitud, mi querido amigo.

Dichos. La Baronesa.

BAR.—¡Alteza!

ELENA.—¿Terminó ya el concierto? ¿Duermen ya todos los oyentes o bostezan en éxtasis?

BAR.—Lo que sucede es que todo el mundo comenta vuestra desaparición.

ELENA.—La música de Wilf me entristece. ¡Es demasiado evocadora! Creo que ausentarme ha sido el mayor elogio que he podido hacer de ella.

BAR.—Pero habéis obligado al Conde a que os acompañe.

ELENA.—Nada de eso. El Conde había huído antes que yo.

BAR.—Pero todo el mundo ha notado la coincidencia de vuestra desaparición. ¡Si hubiérais oído lo que decían!

ELENA.—¡Qué imprudentes! Decirlo cuando estábais cerca y podían suponer que yo no tardaría en saberlo.

BAR.—Yo fingía dormir, Alteza.

ELENA.—¿No dormiríais de verdad y habréis soñado? Esa música es propicia

BAR.—Ya sé que mis advertencias no significan nada. Desde ahora permaneceré muda oiga lo que oiga, muda como vuestro sentido moral, Alteza.

ELENA.—Ya lo oís, Conde; volved al concierto, tranquilizad a los que murmuran.

CONDE.—Volvamos juntos. Ya debe terminar; reforzaremos los aplausos.

ELENA.—Si volvemos juntos seguirán notando coincidencias. No; dejadme aquí. ¡Necesito recoger mi espíritu, mirar al cielo, la noche está hermosa!

CONDE.—No os asoméis al balcón. La noche está muy fría.

ELENA.—Para estas regiones en que florece el naranjo, como canta Mignon, para mí, después de las noches de hielo de Suavia, es una hermosa noche de verano. Dejadme... ¿Oís? ¿Qué música es esa? No es la del concierto, viene de fuera, viene de lejos. Es un vals, un delicioso vals.

CONDE.—Una de las muchas orquestas de tziganes que infestan el país. Muy cerca, a espaldas de mi Villa, hay un restaurant nocturno al que acude muy mala gente. Como se apróxima el Carnaval, habrán empezado los bailes de máscaras; unos bailes muy originales. Todo el almanaque de Gotha del crimen se da cita en ellos.

BAR.—¡Qué espanto! ¿Y eso se consiente?

ELENA.—¿No podríamos asistir a uno de ellos?

BAR.—¡Alteza!... ¿Qué digo? Debí presumir que se os ocurriría en cuanto el Conde lo dijo.

CONDE.—No os lo aconsejo. Ir solos es muy peligroso; ir acompañados de la policía es muy aburrido, porque el baile pierde todo su carácter.

ELENA.—¡Silencio!

CONDE.—¿Qué habéis oido?

ELENA.—¿No véis?

CONDE.—Sí; en el jardín... Es mi Secretario, Chantel.

ELENA.—¿Y ella, y ella? Alguna de vuestras invitadas.

CONDE.—No lo creo... esperad... Desde aquí no distingo.

ELENA.—Baronesa, dejadme vuestros lentes... No, es una muchacha de la servidumbre... ¡Ja! ¡ja! es muy gracioso... ¿Habéis oído?

CONDE.—¡Ah, sí! Es indudable, ha sido un beso.

BAR.—¡Un beso! ¡Señora, retiraos!

ELENA.—¿Lo véis? El único que se divierte aquí esta noche es vuestro Secretario. Y lo mismo sucede en todas las fiestas, y lo mismo sucede en la vida. Los salones son el escenario donde se representa la diversión oficial, que es el aburrimiento íntimo; la verdadera diversión está siempre entre bastidores.

CONDE.—¿Y queréis que los deje por el escenario? Permitidme que permanezca a vustro lado. ¡Soy tan dichoso! No os diré nada; miraremos juntos al cielo; oiremos esa música y esos besos, y nuestras almas sabrán armonizarlo todo con nuestro silencio, y callaremos hasta que las lágrimas asomen a nuestros ojos, porque habrán pasado por nuestras almas, unidas en un solo peasamiento, las dos únicas verdades de la tierra: el amor y la muerte.

ELENA.—¡Qué poético! ¿Qué veo? ¡Es verdad! Hay lágrimas en vuestros ojos... ¿Estáis emocionado?

CONDE.—¿Lo dudabais?

ELENA.—¡No, no! ¡Cerremos el balcón; volvamos al concierto: me habéis asustado!

CONDE.—¿Yo? ¿Por qué?

ELENA.—Porque me siento también emocionada, a pesar mío, y lloraría también sin saber por qué... y eso es lo que no quiero, que dependa mi voluntad de una noche azul, de una musiquilla que se oye a lo lejos y de unas palabras que, a la luz, en medio de mucha gente, me hubieran hecho reir como me río ahora...

CONDE.—¡Alteza! ¡Elena! (Le besa la mano.)

BAR.—¡Caballero!

ELENA.—No os alarméis, Baronesa... Al contrario; el Conde es un cumplido caballero y me besa la mano como... Princesa de Suavia... El Conde es uno de mis mejores amigos...

Dichos y Mr. Chantel

ELENA.—¡Ah, Mr. de Chantel! ¿Falta mucho para que termine el concierto? ¿Vendréis del salón seguramente?

CHAN.—Sí, del salón; de allí vengo. Aun falta, aun falta.

ELENA.—Vendréis entusiasmado... ¡Esa música es algo divino! Espero impaciente vuestra opinión, Mr. de Chantel.

CHAN.—¿Mi opinión? Después de oir la de Vuestra Alteza... Yo creí, al hallaros aquí, que era porque os habíais aburrido como el Sr. Conde.

ELENA.—Nada de eso. ¡Aburrirme! Al contrario, me emocionaba demasiado, temí un ataque de nervios. ¡Oh, qué música!

CHAN.—Sí, en efecto; es sublime.

ELENA.—Es algo así como una esencia de cosas inefables... oyéndola se experimentan las sensaciones más extrañas; hubo un momento en que me parecía estar a la luz de la luna, en un hermoso jardín saturado de violetas; la música era como un susurro de besos de enamorados que paseaban por el jardín, en parejas tan unidas, que la sombra de sus cuerpos sobre la arena era sólo una, como sus almas en aquel instante.

CHAN.—Sí, en efecto; es una música sugestiva sobremanera.

CONDE.—(Bajo a Chantel.) ¿No advertís que la Princesa se está divirtiendo? Lo ha visto todo.

CHAN.—¿Cómo todo?

CONDE.—Todo lo que hemos podido ver desde aquí.

CHAN.—¡Oh! Alteza...

ELENA.—Os felicito, monsieur de Chantel; un jardín obscuro es siempre preferible a un salón iluminado; una camarista joven, bonita, sin preocupaciones, debe ser también preferible a una gran dama; y en cuanto a mi preferencia por los besos sobre todas las músicas del mundo, nada os digo, por no espantar una vez más a la Baronesa. Creedme, sólo los espíritus vulgares aceptan el arte de segunda mano, confeccionado a fuerza de recetas por artistas de profesión; los espíritus superiores viven de su arte propio, el arte libre... Sois un espiritu superior, Mr. de Chantel; ¡os felicito, os felicito! Vamos, querido Conde; volvamos al concierto: veréis cómo esa música sublime no nos emociona tan hondamente como la música natural que escuchamos hace un instante desde esa ventana.

CONDE.—A vuestro lado todo emociona, y todo es arte y todo es bello.

ELENA.—Porque es todo alegría... Vamos, vamos.

La Baronesa y Mr. Chantel.

BAR.—Monsieur de Chantel, compadecedme. ¿Habéis conocido nada más horrible que mi situación?

CHAN.—¡Oh, querida Baronesa! Yo no he nacido ni me he educado en una Corte entre príncipes y grandes señores; nací muy bajo; he visto de todo, he pasado por todo: días de hambre, no sólo para mí, sino para seres muy queridos, para mi madre, para mis hermanos; de esto no sabéis nada, señora Baronesa, ni quiero yo que lo sepáis nunca. De humillaciones, no hablo; de traiciones a mi conciencia y a mis sentimientos, tampoco... Y aparte de lo que yo he padecido y he luchado, ¡he visto tanto!... La miseria humana no tiene secretos para mí... Sé que hay fábricas, talleres, minas en que seres humanos trabajan como bestias para ganar... su muerte, porque sería una burla decir que ganan la vida; sé que hay cárceles para encerrar a los que, faltos de resignación, se revuelven un día contra la fatalidad y la injusticia de su destino; sé que hay asilos y hospitales para recoger, sin amor ni piedad, a los que se resignan, y sé... que hay más, mucho más, que desde la corte de Suavia no podíais imaginar siquiera... Y cuando yo conozco y he visto todo esto muy de cerca... no extrañaréis que guarde toda mi compasión para estas situaciones, un poco más horribles que la vuestra, que bien podéis sobrellevar no careciendo de nada en esta vida y esperando, como esperáis sin duda, hallar después recompensa en la otra. ¡Señora Baronesa!...

BAR.—¿Os burlais de mí? Todo está desquiciado. Es aire de destrucción lo que se respira en todas partes.

CHAN.—Gracias a ese aire se puede respirar, querida Baronesa, porque la atmósfera está muy cargada.

Dichos, Diana de Lys y la Duquesa de Arcole.

DIA.—Es intolerable; dejo el salón por no dar un escándalo.

DUQ.—Es que no se ha separado un momento en toda la noche.

DIA.—Lo molesto para mí es que todo el mundo se cree en el caso de compadecerme. Si el Conde fuese ya mi marido, no me importaría: mi situación sería más airosa; pero eso de que mis buenas amigas crean que la Princesa puede desbaratar mi boda... Y la verdad es que no estoy tranquila... Los hombres son muy vanidosos. Una Princesa no es una conquista vulgar... Yo sé que ha aceptado dinero del Conde...

DUQ.—Mucho dinero; tenedlo por seguro.

DIA.—Eso es lo que necesito saber. Llama a Chantel y llévate a la Baronesa con cualquier pretexto.

DUQ.—Querido Chantel, la Condesa desea hablaros... Con vuestro permiso, Baronesa.

BAR.—Concedido.

DUQ.—¿No habéis oído el concierto?

BAR.—No. Su Alteza se sintió indispuesta y salí con ella del salón.

DUQ.—Con ella... y con el Conde. Todo el mundo lo ha notado.

BAR.—El Conde es muy amable...

DUQ.—La Condesa está muy disgustada.

BAR.—¿La Condesa? No sabía yo que el Conde estuviera casado.

DUQ.—Se casará muy pronto. La Princesa ha coqueteado esta noche de un modo escandaloso con el Conde... y la Condesa...

BAR.—¿Esa Condesa es una que fué bailarina?... ¡o qué sé yo!... No estoy muy bien enterada... En esta sociedad estoy como sobre ascuas. Oigo decir a unos y a otros: Condesa... Duquesa... Pero yo, que sé de memoria todo el anuario de la nobleza europea, no he oído en mi vida semejantes títulos. Sin ir más lejos... Hay aquí una Duquesa de Arcole...

DUQ.—Un título del primer Imperio, de lo más ilustre de Francia.

BAR.—No está en mis libros. Además, el primer Imperio, en cuanto a la nobleza, como si no hubiera existido. Es un borrón en la historia de Europa.

DUQ.—¡Baronesa! El primer Duque de Arcole fué mi bisabuelo, y no cambio mi título por todos los vuestros...

BAR.—Deploro mis indiscreciones y deploro mucho más las circunstancias que me han traído a un sitio donde es inevitable cometerlas a cada paso. Muy señora mía... (Sale.)

DUQ.—¡Habrá grulla! Tú serás más noble que yo; pero, después de todo, las dos hacemos el mismo papel en el mundo.

DIA.—¿Qué te ocurre?

DUQ.—Nada. ¡Esa Baronesa!... Lo que siento es que se ha ido sin escucharme... ¿Qué te dice Chantel?

DIA.—Que, en efecto, la Princesa ha realizado un empréstito con el Conde... Un empréstito sin garantías.

CHAN.—Su nombre...

DIA.—Y su amor. No cabe descuidarse. El Conde, tan aburrido y desengañado de todo, por snobismo y por vanidad sería capaz de concluir de arruinarse por la Princesa, y no he de consentirlo después de haber estado tanto tiempo sacrificada a sus rarezas y a una vida de aburrimiento.

DUQ.—¡No faltaba más! Si no se casara contigo... Por él dejaste tu carrera artística, un porvenir brillante, por él abandonaste a tu pobre padre, que desde entonces se entregó a la bebida.

DIA.—¡Eso no! Ya bebía antes mucho...

DUQ.—Sí; pero desde entonces, como le mandas más dinero, puede beber más...

DIA.—Querido Chantel, siempre hemos sido fieles aliados; ¿que me aconsejáis? Por primera vez creo hallarme enfrente de un peligro serio.

CHAN.—¿Preferís la ofensiva o la defensiva? La defensiva es más digna, porque os permite no daros por entendida. Esperar, ese es todo el secreto. Contamos para el triunfo definitivo, en primer lugar, con el cariño que el Conde os profesa, ese cariño que es ya algo más fuerte que la pasión y que todos los caprichos; en segundo lugar, con que la Princesa no está enamorada del Conde, y esta aventura no puede significar para ella más que un medio fácil de salvar apuros del momento...

DIA.—Sí, sí... La defensiva me parece muy bien.

CHAN.—Sólo veo un peligro en ella.

DIA.—¿Cuál?

CHAN.—Consiste en esperar, y no sabemos cuánto tiempo. Puede haber tiempo para que el Conde se arruine por completo. Ese es el peligro...

DIA.—Entonces estudiemos la ofensiva.

CHAN.—Me parece mejor...

DIA.—¿Creéis que los celos del amante de la Princesa puedan servirnos?

CHAN.—Desconfío de la sinceridad de esos celos. El caballero Rosmer debe estar enterado de las combinaciones financieras de la Princesa. Además, el hombre que ama o se presta a ser amado por una mujer de condición superior a la suya, demuestra, desde luego, que no es celoso. El que nada ofrece y todo lo acepta, o es porque ama mucho y prescinde de su dignidad, del amor propio, de todo..., o es que no ama en absoluto y sólo piensa en su conveniencia; en cualquiera de los dos casos, o por amor o por cálculo, es seguro que, vea lo que vea, no se entere de nada... El amor es ciego, y el interés cierra los ojos... Para el caso es lo mismo.

DIA.—¿Entonces?...

CHAN.—Os queda el escándalo, que todo el mundo se entere... Os mostráis celosa, increpáis al Conde y a la Princesa..., la arrojáis de esta casa..., la obligáis a no presentarse nunca en donde estéis... De este modo el caballero Rosmer tiene que darse por enterado, y como aspira a casarse con la Princesa una vez divorciada...

DIA.—Pero una escena violenta pudiera dar lugar a un lance.

CHAN.—¿Entre quién? Entre el Conde y el caballero Rosmer... ¡Imposible! ¿A título de qué? A título de amante de la Princesa. En ese caso, antes de batirse con el Conde, tendría que empezar por pagarle lo que le debe... Y por lo pronto eso irías ganando.

DIA.—Eso, sí.

CHAN.—Son quinientos mil francos, Condesa, sin contar facturas de comerciantes; sin contar...

DUQ.—¡Qué escándalo! ¡Una Princesa quinientos mil francos!

CHAN.—De modo...

DIA.—No hay duda; la ofensiva. El todo por el todo. Silencio, ha terminado el concierto y vuelven aquí; observemos.

Dichos, la Princesa Elena, Elsa, Mad. Wilf, la Baronesa, el Príncipe Esteban, el caballero Rosmer, el Conde, Wulf y Godofredo Wilf.

CONDE.—¡Ha sido admirable, admirable!... Una velada de esas que no se olvidan nunca...

VARIOS.—¡Admirable! ¡Admirable! (Un silencio.)

CONDE.—¡Qué silencio! Parece que están todos tristes...

M. WILF. Es la caricia de lo sublime que estremece todavía nuestras almas.

WULF.—Es el efecto de siempre... Anonada.

WILF.—¿Y habéis observado cómo el maestro se transfigura ante sus músicos?

WULF.—En ese momento no soy yo; es él, es su espíritu... ponedme la mano sobre el corazón... aplicad el oído...

ELSA.—Sí... sí... es extraordinario.

WULF.—Permitid... Señora...

CHAN.—Baronesa, ¿no os acercáis a escuchar?

BAR.—¿Yo? ¡Aplicar mi oído sobre el pecho de un hombre!...

CHAN.—Es sobre la pechera...

WULF.—Los médicos han estudiado en mí fenómenos muy curiosos al terminar de dirigir un concierto... Figuraos, señores, que aproximándome al cerebro una aguja imantada...

CONDE.—¡Oh, oh! Es demasiado... concierto y conferencia...

WILF.—Y hoy ha sido la primera vez que las trompas no han desafinado.

WULF.—Las suprimí por precaución.

WILF.—Ya decía yo... Supongo que cenaremos.

WULF.—Al dirigir la orquesta, por detrás de la tribuna he visto pasar un magnífico salmón rodeado de langostinos.

WILF.—Es un detalle.

WULF.—Eso creo, que sea un detalle. El Conde tiene fama de espléndido.

DIA.—(A la Duquesa.) ¿Lo veis? No se separan... Y el Conde habla con un calor... como no lo he visto nunca... Sería la ocasión de dar el escándalo.

DUQ.—No te lo aconsejo. El Conde tiene el deber de no dejar insultar a la Princesa en su casa, y puedes quedar en situación muy desairada.

M. WILF.—(A Elsa.) ¡Cuánto siento que Vuestra Alteza no se haya decidido a cantar como nos prometió! Hubiera sido una delicia oiros cantar la balada de los «Gatos monteses», que sólo un alma de artista como la vuestra es capaz de comprender y de interpretar...

ELSA.—Si hubiéramos estado en confianza, hubiera cantado con mucho gusto; pero la Princesa Elena ha destruído el encanto de nuestra intimidad.

M. WILF.—Si apenas ha permanecido un momento en el concierto.

ELSA.—Su actitud ha sido bastante incorrecta.

M. WILF.—Yo no me atrevía a decirlo.

BAR.—(Al Príncipe Esteban.) Sí, Alteza; puesto que sois aquí el único representante de la familia, y ya veis que la Princesa os distingue con su simpatía, ejerced una influencia saludable, hacedle comprender que de este modo sólo consigue agravar su situación... Esta noche... ya lo habéis visto, todo el mundo murmura... Ahora mismo, ya veis... todos tan serios, y la única que ríe como una loca es Su Alteza.

EST.—Y mi prima dirá con razón, que si en casa del Conde de Tournerelles se escandalizan por tan poco, no valía la pena de asistir a ella.

BAR.—¿Si creéis que Su Alteza hace bien?

EST.—No, no lo creo; hace mal, muy mal... pero creo que no es esta sociedad la que puede escandalizarse.

BAR.—La Condesa está celosa... temo que dé un escándalo.

EST.—No temáis. La Condesa es mujer de mundo, ni el Conde consentiría un escándalo en su casa. Por parte del caballero Rosmer no hay que temer nada, está muy tranquilo... ¡Pobre Elena!

BAR.—¿La compadecéis?

EST.—Con toda mi alma. Temo que ha equivocado su camino. Ella amó en el caballero Rosmer una vida distinta de la suya; el caballero, en cambio, sólo amó en ella a la Princesa de Suavia. Ni uno ni otro han hallado en su amor lo que soñaban. ¿Y cómo rectificar de nuevo? El mundo perdona todo lo más una equivocación y una rectificación en la vida. La mujer que deja a su marido por un amante, desmerece menos que la que deja después al amante por otro, aunque sea por volver con su marido; la única disculpa de ciertas culpas es perseverar en ellas.

BAR.—¡Otro amante, decís! ¡Oh, sería horrible!...

EST.—Sería muy natural. ¿Por qué ha de resignarse Elena a la segunda equivocación si no se resignó a la primera?

BAR.—¡No quiero pensarlo! ¡Qué se dirá en Suavia!... Que no os oiga Su Alteza.

EST.—Sin hablarnos, estoy seguro que pensamos lo mismo. Acaso la aventura de nuestro corazón haya sido idéntica.

BAR.—¿También habéis equivocado vuestro camino?

EST.—No lo sé; por no saberlo, digo lo mismo que decís, Baronesa, cuando

os obstináis en no ver algo que salta a los ojos: no quiero pensarlo, y eso hago yo; no pienso en ello, no quiero pensarlo.

M. WILF.—Llevo media hora conteniéndome... pero mis nervios saltan... estallan... No puedo más... ¡Ay!... ¡Ay!...

TODOS.—¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre a Mad. Wilf? ¿Qué pasa?

WULF.—Nada, nada; el efecto de siempre.

WILF.—Mamá, mamá... Ya se sabe... Siempre le sucede lo mismo después de oir la música de papá.,.

CONDE.—¡Oh, es insoportable!... No, no perdonan nada.

M. WILF.—¡Ay! ¡Ay!

WILF.—Traedme un violín; oyendo el principio del poema de la vida, es como se recobra más pronto...

CONDE.—Sí, sí... pero en otra habitación a solas... Allí podéis tocar el violín, y allí puede llorar y gritar a sus anchas...

WULF.—Sí, sí; no se molesten, señor Conde. Vamos, Madame, haceos superior...

M. WILF.—Es su espíritu, es él... Me habla, me parece verle.

CONDE.—Chantel... Acompañad a estos señores... Disponed que les sirvan la cena, y después despedidlos en seguida, que no vuelvan a molestarnos; es demasiado «pose» para imponernos su música. (Salen Madame Wilf, Wulf, Godofredo y Chantel.)

La Princesa Elena, Elsa, Diana, la Duquesa, la Baronesa, el Príncipe, el Conde y el Caballero Alberto Rosmer.

CONDE.—Supongo que será el último concierto...

ELENA.—Yo confieso que me he aburrido mucho... Sólo siento no haber oído cantar a mi querida prima...

ELSA.—¿A mí? No he cantado...

ELENA.—Pero ahora que estamos en familia...

DIA.—¿En familia?

ELENA.—Como en familia. En una intimidad deliciosa, donde todo puede decirse y todo podemos oirlo... ¿De qué vamos a asustarnos? Por eso, querida Elsa, voy a pedirte un favor.

ELSA.—¿A mí?

ELENA.—Quiero oirte cantar; pero tus canciones, tu repertorio, el del teatro. Había oído hablar tanto de ti, tenía tantas ganas de oirte, pero figúrate, en la Corte ni se podía hablar de esto

ELSA.—¡Esteban! Su Alteza ¿se ha vuelto loca?

EST.—¡Elsa!

ELSA.—Debes decirle que merezco más respeto, que no debe, que no puede ofenderme así.

ELENA.—¿Qué sucede? ¿Por qué llora?

EST.—¡Calla!... ¡Calla!... Cree que has tratado de ofenderla.

ELENA.—¿Yo? ¿Ofenderla? ¿Por qué? ¡Qué locura!

ELSA.—Dejadme, dejadme; no merezco ser tratada así. La culpa es tuya.

EST.—¡Oh! Vamos, vamos...

ELENA.—¡Pero Esteban!...

EST.—Ya lo dije. Son ellos los que no saben olvidar. (Sale con Elsa.)

ELENA.—Pero ¿puede creer que yo he querido ofenderla? ¿Tiene razón? Decídmelo, seré yo la primera en pedirla que me perdone... ¿No pensaba cantar esta noche en el concierto? ¿Es una ofensa rogarla que cante aquí para nosotros? Todos saben que ha cantado en el teatro, a eso debe su personalidad, su posición... Y reniega de su pasado y la ofende el recuerdo... Y supone la ofensa en mí, que admiré siempre a todo el que lucha por su vida en cualquier esfera, y todo se lo debe a sí propio. (A Diana.) Es como si dudárais de que por eso mismo os admiro y os envidio. El Conde me refería ahora mismo vuestra vida, cómo os conoció, cómo, a fuerza de voluntad y de genio, de verdadero genio, llegásteis a imponeros a la admiración de París, de sus literatos, de sus artistas.

DIA.—¿Y pretendéis también que yo os ofrezca en representación particular

alguna de las pantomimas que me han hecho célebre? Ya veis que yo no reniego de mi pasado como la Kenisberg... A mí no me ofenden vuestras impertinencias.

Conde.—¡Diana!

Elena.—¿Qué dice también esta mujer?

Dia.—Seguramente que si alguno de nosotros hubiéramos sido presentados en la Corte de Suavia, y hubiéramos procedido con la misma falta de tacto de Su Alteza entre nosotros, no hubieran tardado mucho en ponernos a la puerta.

Conde.—¡Diana!

Elena.—¡Me insulta!

Bar.—¡Tenía que suceder! ¡El escándalo! Habrá quien telegrafíe a Suavia.

Duq.—Ya has dicho bastante. Has quedado en tu puesto... (Salen Diana y la Duquesa.)

Elena.—¡Ah, son celos! ¿De vuestro Conde? ¿Qué habéis creído? Porque me he dignado oir por bondad sus tonterías...

Conde.—¡Alteza!

Elena.—Porque le he dispensado el honor de permitirle que sea mi acreedor...

Alb.—¡Elena!

Bar.—¡Señor!

Conde.—Alteza, vuestros nervios están muy alterados... Sois una dama... No os acompaña ningún caballero de vuestra familia...

Alb.—¡Señor Conde!... Tenéis razón... Os suplico que perdonéis... Cuestión de nervios... (Salen el Conde y Diana.)

La Princesa Elena, la Baronesa y el Caballero Alberto Rosmer.

Elena.—¿Celos? ¿Celos de mí? ¿Ha creído que por tan poco precio se compra a una Princesa de Suavia? Ni la molestia de visitar su casa pagaría con todo su dinero de advenedizo vanidoso. Vine por mi gusto, por mi capricho, por mi diversión, y ¿valía la pena para hallar más hipocresías, más ceremonias y menos libertad que en mis palacios reales? Mi corazón rebosaba alegría y sinceridad; creí hallarme entre gente franca sin temor a la verdad de la vida, y todo es una ofensa, en todo hallan mala intención. Me sentía yo orgullosa de haber descendido, porque descendí por amor, y ellos reniegan de su pasado y del amor que les elevó adonde nunca debieron subir. ¡Almas bajas, corazones mezquinos! ¡Ahora lo veo, ahora lo comprendo! ¿Cómo es posible la igualdad en el mundo, si los pequeños con sus ruindades, sin quererlo nosotros, nos obligan a recordar que somos grandes?

Bar.—Nunca debísteis olvidarlo. Ya sabía yo que el orgullo de raza despertaría.

Elena.—El de mi raza, no; el de mi corazón.

Alb.—Y ahora, ¿comprendes por qué debía yo oponerme a que vinieras a esta casa, entre esta gente? ¿Estás satisfecha con esta humillación? La querida del Conde te insulta, y no puedo aceptar ni pedir una explicación, porque antes sería preciso no serle deudores en nada. Entretanto, esa mujer tiene razón para estar celosa, y tu conducta de esta noche lo justifica todo.

Elena.—Basta. No más cargos; nada de recriminaciones, ni de tí ni de nadie. Sé cómo recobrar mi libertad y la tuya... Baronesa, telegrafiad hoy mismo a Suavia, y en mi nombre, ese dinero a cualquier precio; haré lo que disponga el Emperador.

Alb.—¡Elena! Eso no, no será...

Elena.—¿No te pesa tanto la humillación de esta vida? ¿Es así como sabe agradecer que yo las acepté por defender nuestro cariño? En cuanto a pedir explicaciones al Conde, si hubiera llegado el caso, no hubieras sido tú, sino mi primo Esteban el que las habría exigido... Ni él ni yo hemos olvidado todavía lo que debemos a nuestro nombre... (Viendo a Esteban que ha entrado un momento antes.) ¿No es verdad, Esteban?

Dichos y el Príncipe Esteban.

Est.—¡Querida prima! Es tarde para acordarnos de quién somos. Mi situación es tan difícil como la tuya; tus palabras me decidieron. Yo también so

eudor del Conde de Tournerelles; para exigirle una satisfacción tendría, como tú, que ponerme a merced del Emperador... y el Emperador es implacable.

BAR.—Sólo impondría una condición.

ALB.—Que volvieses con tu marido.

EST.—Que yo me divorciara de mi mujer.

BAR.—Seguramente; sólo así perdonaría.

ELENA.—¿Sólo así? Lo pensaremos.

ALB.—¿Qué dices?

ELENA.—Lo pensaremos. ¿No es verdad, Esteban?... No, yo no volveré a Suavia; sería retroceder, y te dije en una ocasión que yo no retrocedía nunca. Ahora, déjame; debo salir de esta casa acompañada del Príncipe, de su brazo, como Princesa de Suavia...

EST.—Estoy a tu disposición.

ELENA.—El caballero Rosmer os acompañará... Yo deseo hablar con el Príncipe... quizás de esta entrevista dependa toda nuestra vida.

ALB.—Baronesa, evitad una nueva locura de Su Alteza.

BAR.—¡Ay! La primera es la que debí evitar. (Salen la Baronesa y el caballero Rosmer.)

La Princesa Elena y el Príncipe Esteban.

ELENA.—¿Qué te ha dicho Elsa?

EST.—¡Es ridículo, es odioso!... Supone que yo tengo la culpa porque no he sabido rodearla de bastante respeto.

ELENA.—¿Habla también de humillaciones? ¡Si nosotros contáramos las nuestras!

EST.—Que ellos no agradecen...

ELENA.—Ya lo sé, ya lo he visto... ¡Nos hemos engañado! ¿Y ahora?

EST.—¿Confesar nuestro engaño?

ELENA.—Sí.

EST.—¿Aceptarle resignados?

ELENA.—No.

EST.—¿Qué hacer entonces?

ELENA.—Vivir.

EST.—¿Cómo?

ELENA.—Aceptando cuanto ofrezca la vida a nuestro paso: tristeza, cuando es tristeza; alegría, cuando es alegría... En este momento, ya lo ves, nos ofrece... nuestra amistad; nos ofrece las confidencias de nuestro corazón, y nos ofrece... esa música que obsesiona y atrae hacia ella. Es una fiesta popular, un baile con leyenda de horrores misteriosos. Yo propuse antes que hubiéramos ido todos; pero, es natural, se asustaron. Tú no te asustas, ¿verdad?

EST.—Me divierte. Iremos... La corrección me ahoga como a ti.

ELENA.—Sobre todo, cuando se encuentra donde menos pensaba uno encontrarla... ¿Lo ves? Ya estoy contenta, ya lo olvidé todo. Esta escapada me indemnizará del mal rato que he pasado esta noche... ¡Yo que pensaba divertirme tanto!... ¡Qué hermoso es escaparse y volar, huir siempre de algo o de alguien!

EST.—Cuando cree uno que va hacia la felicidad...

ELENA.—¡La felicidad, no! ¡La felicidad no existe en la vida!... Sólo existen momentos felices.

EST.—¡Es verdad... momentos felices!

ELENA.—¿Por qué no ha de ser este uno de ellos?

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Un restaurant al aire libre. Es de noche.

El Inglés, sentado en una mesa, bebe cerveza, Margot y Biondineta.

BION.—¿Lo ves? No está aquí. Tampoco viene esta noche. Me dice que vendrá, porque no le busque donde yo sé que puedo encontrarle, donde iré una noche a partirle el corazón como siga engañándome.

MAR.—¡Estás loca! ¡Matar a un hombre! Ni matarlos ni morirse por ellos. ¿Tú crees que no volverá a buscarte antes de lo que quisieras?

BION.—No, no vuelve. Ahora tiene dinero. ¿No le has visto? ¿Y sabes de dónde saca ese dinero?

MAR.—Claro está que lo sé. ¡Si yo fuera a matar al mío por eso! Cuando me apura es cuando no tiene dinero; cuando lo tiene, nunca le pregunto de dónde lo saca. ¿Nos preguntan ellos a nosotras?

BION.—Pero yo no quiero a nadie, a nadie más que a él, y él lo sabe.

MAR.—Y él te quiere. Pero hay que vivir. Después de todo, debes agradecerlo; no vas a ser tú sola la que trabaje. Ea, vamos a bailar. Si le dicen que no te acuerdas de él y se figura que puedes querer a otro, verás cómo vuelve más pronto. Ya se desengañará como todos. Cien francos, quinientos, mil, hay quien los da un día por un capricho; pero los cinco y los diez francos diarios y lo que se puede y lo que no se tiene y se busca debajo de tierra para que nada les falte, eso, como no se quiera de corazón como tú lo quieres no lo encontrará nunca... Conque vamos...

BION.—No, no voy; vine porque esperaba encontrarle; pero no voy, no; iré a buscarle, aunque me mate iré a buscarle.

MAR.—Eso sí que no. ¡Ir allí! Ya sabes que está con gente muy encopetada, que no quiere ni consiente escándalos, y sabe guardarse cuando se divierte.

BION.—Ya lo sé. Una gran señora y gente muy de arriba... podridos de vicios, peores que nosotros, pero muy respetables.

MAR.—A eso se está expuesta cuando se tiene un buen mozo. ¿Por qué no quise yo a ese?

BION.—¿A Fred, al inglés? Hiciste bien. Es un borracho. Por un bock marcha con cualquiera que se le presente. Yo lo he visto. Tú eres feliz, el tuyo te quiere de corazón.

MAR.—Eso sí, tiene delicadezas. Porque no me faltara nada cuando estuve tan enferma en París, le costó verse en un mal asunto... Seis meses de correccional, y eso que nadie declaró en contra suya, ni el mismo herido porque le convenía callarse. Otra «quadrille»; vamos, yo no puedo faltar; luego se enfada con nosotras Mr. Boniface; dice que si no bailamos y no hacemos gasto en el restaurant no vale la pena de darnos billetes de favor. Acompáñame; esta noche hay unos marineros italianos. Tú que hablas su lengua puedes servirme. Traen dinero de largo, los ahorros de la travesía. Conque vamos...

BION.—Les diré lo que tú quieras; pero por mi cuenta ni una palabra.

ING.—«My darling», ¿pagais un «bock»?

MAR.—Ya sabes tú quién los paga, y brillantes también.

ING.—¿Brillantes? No hay brillantes ya...

MAR.—Te los habrás bebido, como todo.

ING.—(Señalando a la cerveza.) Esto no engaña como vosotras. Estoy siempre triste... muy enfermo. Préstame cinco francos, Margot, sé buena con el pobre Fred...

MAR.—¡Cinco francos! ¡Si sabes tú encontrarlos mejor que nosotras!

ING.—¿No quieres prestármelos? Yo me veré con tu hombre; le mataré. Yo soy más fuerte.

MAR.—¡Anda de ahí! ¡Suelta!... ¡No seas bruto!

ING.—¡Dame cinco francos!...

MAR.—¡Suelta!...

BIO.—¡Verás si grito!

MAR.—No grites. Viene la policía, y luego son historias. Me basto yo. ¡Si no puede tenerse! ¡Anda de ahí!

ING.—Por cinco francos... No eres buena conmigo. ¡Te acordarás de mí, te acordarás de mí!...

MAR.—Vamos.

Dichos, el Marquesito y Cosi-Cosi.

MARQ.—¿Qué os sucede?

BIO.—¡Ah! ¿Eres tú? Ya no te esperaba.

MARQ.—¿Por qué? Te dije que venía y he venido. ¿Es que yo no tengo palabra?

BIO.—¿Palabra?... ¿Y ahora de dónde vienes?

MARQ.—Eso es. Primero se pregunta de dónde viene uno; después por la salud, que importa menos. ¡Podía uno haber estado muriéndose!...

BIO.—¿Muriéndote? Voy a creerlo.

MARQ.—¿No lo crees? Díselo tú.

COSI.—Pues sí, ha estado muriéndose.

BIO.—¿De veras?

MAR.—Tú crees que uno es de piedra, que uno no siente los disgustos... Desde la otra noche... Díselo tú ¿como he estado yo?

COSI.—Muy malo. Con unos ahogos y unos...

MAR.—No hagas caso. Se habrán puesto de acuerdo los compadres, como siempre. ¿No lo ves? Enseña esa mano. ¡Otra sortija!

BIO.—¿Quién te ha dado esa sortija?

MARQ.—No es mía. Es para venderla.

BIO.—¿Quién te ha dado esa sortija?

MARQ.—La he comprado yo, ¡ea! Y no hay más explicaciones. ¿Conviene así? Pues se acabó. ¿No conviene? Se acabó también.

COSI.—¿Qué os ocurría con el inglés cuando llegamos?

MAR.—Nada; que está borracho.

COSI.—A ese hay que escarmentarle, y va a ser ahora mismo.

MAR.—Déjale.

MARQ.—No, si voy a ser yo. Ahora verás...

MAR.—Dejadle.

MARQ.—Eso quisiera. Yo te aseguro que no vuelve a aparecer por aquí. «¿What es the matter?

ING.—¿Quieres reñir? Yo no riño por mujeres. Siéntate. ¡Mozo!... ¡Un «bock», dos «bocks»!... Llama a tu amigo...

COSI.—Yo no me siento.

ING.—Siéntate, digo. Los hombres hablan primero; beben primero; luego se matan, pero no se matan por las mujeres. ¡Imbéciles! Somos amigos. Vamos a tratar de negocios, negocios, negocios serios.

MAR.—¿Pero vais a tener la paciencia de oirle?

MARQ.—¿Por qué no? El hombre se pone en razón

ING.—Diles que nos dejen. No es para mujeres nuestro asunto. Son cosas serias.

BIO.—Pero...

MARQ.—Ahora vamos; dejadnos solos. ¿No habéis oído?

BIO.—¡Oye, tú!... ¿de qué asuntos tienes tú que hablar con estos? Porque yo conozco bien tus asuntos.

ING.—Diles que callen. No sois hombres para hacer callar a las mujeres.

MARQ.—He dicho que te calles y que esperes allí.

MAR.—Déjalos. Siempre es lo mismo. Van a pegarse por defendernos, y acaban por hacerse ellos amigos y por pegarnos a nosotras. Vamos al baile. (Salen Margot y Biondinetta.)

ING.—¡Mozo!... ¡Tres «bocks»!

Dichos, la Princesa Elena y el Príncipe Esteban.

ELENA. El baile tiene el mejor tono. Y todo el mundo ha estado muy respetuoso con nosotros. Es posible que, si hubiéramos permenecido un momento más, los incorrectos hubiéramos sido nosotros, como en casa del Conde.

EST.—No creas que hemos guardado el ingógnito. Al pasar oí yo murmurar nuestros nombres.

ELENA.—Sí, muy gracioso. Unos te conocían a tí, y decían: «El Príncipe Esteban de Suavia, que acompaña a una «cocotte». Otros me conocían a mi, y murmuraban: «La Princesa Elena con su amante... o con un amante».

EST.—Muchos nos conocían a los dos. ¿Y esos, qué habrán pensado?

ELENA.—Que nos trajo la curiosidad o el deseo de aventuras escabrosas.

EST.—Pero ya debemos volver.

ELENA.—¿Tan pronto te arrepientes de haberme acompañado?

EST.—No es por mí, es por ti. Mañana todo el mundo comentará nuestra aventura.

ELENA.—Eres más cobarde que yo. Comprendes que te has equivocado, y en vez de proseguir, retrocedes. Eres como esos pueblos que destruyen una monarquía tiránica, proclaman la república, y porque la república no les hace felices, vuelven a restaurar la monarquía. Yo no soy así; si me fuera mal con la república, proclamaría la anarquía; retroceder, ¡nunca! Estoy encantada de hallarme aquí. Esta es la vida; no cerrar los ojos a nada; comprenderlo todo, simpatizar con todo.

EST.—¿Lo ves? Eso fué lo que te enamoró del caballero Rosmer. No fué su persona, fué un nuevo aspecto de la vida...

ELENA.—Es verdad. Era el único que en nuestro palacio vivía fuera de su ambiente, el único por quien yo tenía noticia de otra vida, de otras verdades... No hubo elección en mi cariño hacia él, como no puede haberla en el prisionero que solo desea su libertad y huye por el primer camino que encuentra abierto al aire libre.

EST.—Y al huir solo conseguiste cambiar de prisión.

ELENA.—Con desventaja. Porque nunca tuve a mi lado más celoso guardador de etiquetas y ceremonias que el caballero Rosmer. Y si eres franco conmigo y contigo mismo, confiesa que tu aventura ha sido idéntica, y, como yo, te equivocaste al haber creído que un amor desigual era el mejor medio de vivir una vida distinta. Debimos empezar por vivir esa vida; ya hubiera llegado el amor a su tiempo.

EST.—Nuestra historia me recuerda un lance que me refería un oficial de mi regimiento, un joven de la más linajuda nobleza de Suavia. Se enamoró de una muchacha del pueblo, de una obrerilla, y para él todo el encanto de aquellas relaciones era pasear por los barrios de obreros del brazo de su amada; recorrer los cafetines y teatrillos populares; sentirse otro, en fin; alejarse cuanto podía de su sociedad, de sus relaciones, de su vida oficial. Pero advirtió que la muchacha, en cambio, se aburría siempre a su lado y se hallaba a disgusto en aquellos lugares demasiado conocidos para ella. Su deseo era conocer los paseos bien frecuentados, los restaurants a la moda, los teatros aristocráticos... la otra vida, en fin; y es natural, lo que divertía a uno le aburría al otro, y entonces mi amigo se enamoró de una gran señora, y fué cuando a sus anchas pudo recorrer los barrios bajos, los cafetines y los teatros populares, porque a la gran señora también le divertía mucho aquello, y los dos estaban siempre de acuerdo. ¿No es esta nuestra historia?

ELENA.—Esa es.

EST.—No vivimos en el mundo como abstracciones, como seres ideales; algo somos nosotros, pero es mucho más el ambiente que nos rodea: el paisaje de nuestras figuras. La decoración es la mitad de la comedia, en la vida como en el teatro.

ELENA.—Sí: hay momentos y hay sitios en que amaríamos a cualquiera que se presentara, sin haberle visto antes nunca, sin preguntarle siquiera su nombre. ¿En qué piensas?

EST.—Escuchaba ese vals, es un recuerdo de mi vida. Elsa lo cantaba en el teatro.

ELENA.—Cuando era para ti la artista celebrada del público, no la respetable dama que se ofende si alguien le recuerda sus triunfos de artista... También hay un vals en mis recuerdos. Los valses armonizan muy bien con los recuerdos. ¿No te has fijado nunca? En todo vals hay una parte alegre, viva, triunfal; y luego el ritornello apagado, lento, lloroso como el recuerdo de toda aquella alegría pasada. Por eso, de las fiestas mundanas como de las fiestas del alma, queda siempre el recuerdo de un vals que llora.

EST.—¿Cuál es tu músico preferido?

ELENA.—No quieras examinar mis gustos musicales; son de una deplorable

vulgaridad. La música me agrada por la letra que yo le pongo, así me es igual toda. ¿Qué lleva en el alma quien no lleve letra para todas las músicas? Con poetas soy más exigente; como son ellos los que me hablan, no les tolero vulgaridades.

Est.—¿Cuál es tu poeta preferido?

Elena.—A las mujeres nos sucede con los poetas como con los hombres, no amamos al que todo el mundo admira. Para el cariño y para la admiración preferimos a veces por una cualidad única entre muchos defectos, o quizás por los mismos defectos, para que la elección sea más nuestra, más nuestra.

Est.—¿Admiras a Shelley, al divino Shelley?

Elena.—Le admiro y le amo como él lo amaba todo

Est.—¿Conoces su vida?

Elena.—Es admirable, aun más admirable que su poesía. Conseguir que su misma esposa le ayudase a raptar a su amada Emilia Viviani. ¿Qué poder de sugestión no habría en su espíritu para unir a dos mujeres en un mismo amor?

Est.—¿Recuerdas aquellos versos suyos? «El amor no es como el oro ni como la arcilla, no disminuye repartido. Es como la inteligencia, que más brilla cuando más verdades comprende, y luego añade: ¡Mezquinos el corazón que ama, el cerebro que piensa, la vida que abarca, el espíritu que crea un solo objeto, una sola forma, y en ellos pretende enterrar la inmortalidad del espíritu!»

Elena.—¿Y el canto a la vida de Gabriel D'Annunzio? «Diversidad, sirena del mundo; nunca elegí, porque pensaba que elegir era excluirte, diversidad, sirena del mundo. Que la rosa blanca y la bermeja sean iguales para mi deseo, y todos los sabores para mi gusto, y todos los amores puros e impuros, para mis amores, porque yo soy el que te ama, diversidad, sirena del mundo, yo soy el que te ama.» (Pausa.) ¿En qué piensas?

Est.—Pienso... cuál era nuestra vida en la corte de Suavia; qué muralla de severidad, de preocupaciones y de recelos se alzó siempre entre nosotros, que vivimos allí muy cerca uno de otro sin conocernos... Yo te juzgué siempre una criatura insubstancial, alocada, tu misma aventura de amor me pareció ridícula, porque pensé que si tu carácter era tan independiente, tan enérgico, como aseguraban, antes debías oponerte a que te casaran contra tu voluntad.

Elena.—El matrimonio me pareció entonces un principio de libertad... y lo acepté sin pena... debes comprenderlo. También yo había oido decir de ti que eras un espíritu seco, atiborrado de lecturas, que por eso mismo ignorabas la vida por completo, y una mujer cualquiera había podido engañarte.

Est.—Y ahora, ¿qué piensas de mí?

Elena.—Ahora pienso que hubiéramos podido ser muy felices.

Est.—Como en este momento, ¿verdad? ¡Qué extraña es la vida! Pensar que de todas nuestras luchas, de todos nuestros afanes por conseguir la felicidad, acaso al llegar el día inevitable en que pidamos cuenta al corazón de las tristezas y alegrías de nuestra vida, el único recuerdo que no entristezca nuestra alma sea el de algún instante como este, deparado por la casualidad. Un alto en la vida, algo que recordaremos como un sueño dichoso.

Elena.—Y ya ves de qué poco se compone esta felicidad. De una noche hermosa, muy azul, muy profunda, el ruido del mar a lo lejos, un baile canallesco a nuestro alrededor, una música callejera, y entre todo esto, las confidencias de nuestro corazón, la dulce simpatía de dos almas que buscan palabras de verdad para confiarse por entero.

Est.—Y versos de poetas preferidos que hablan por nosotros, y silencios profundos como la noche, pero tan claros como la noche de este cielo con todas sus estrellas, porque como las estrellas en la noche las miradas son la luz del silencio...

Elena.—Acaso nunca seremos más dichosos. ¿Es que será inútil todo esfuerzo de nuestra voluntad para conseguir algo de lo que deseamos en la vida? ¿Es que la vida no consiente violencia y sólo cuando no se busca, cuando no se espera, cuando no luchamos, deja caer como al descuido sobre nosotros un poco de la mucha alegría que atesora? Si es así, no pensemos en nada, que duerma nues-

tra voluntad, que la vida nos traiga alegrías o tristezas a su grado. ¿Quién sabe si cuando creemos imponer nuestra voluntad con más fuerza es cuando más ciegamente se impone a nosotros la fatalidad?

Dichos, la Degollada y un Policía.

ELENA.—(La Degollada se acerca rápidamente a los Príncipes.) (Asustada.) ¡Ah!

DEG.—¡Ah! Perdón, señores... No se asuste, señora... Creí conocer... Pero no, no es, me engañé .. ¿Son extranjeros, verdad? No me conocen... Perdón, señores... Siento haber asustado a la señora. Es muy hermosa...

MARQ.—(Llamándola desde dentro.) Ven aquí; convida esta noche...

DEG.—¡Dejadme, dejadme! (Sale.)

POL.—(Acercándose más respetuoso a los Príncipes.) ¿Les ha molestado en algo esta mujer?

ELENA.—No, ¡pobrecilla!; es un tipo extraño. Se acercó creyendo conocernos sin duda...

POL.—Perdonad, Alteza...

EST.—¡Ah! ¿sabéis?

POL.—No he dejado de vigilar desde que Sus Altezas llegaron. Sus Altezas han sido muy imprudentes en venir aquí solos...

ELENA.—¿Por qué? La actitud de toda esta gente no puede ser más correcta. Sobre todo viniendo de casa del Conde de Tournerelles. ¿No es verdad, Esteban?

POL.—En la superficie; pero es rara la noche que no termina con algún incidente desagradable. Toda es gente de cuidado... Cerca de aquí y sin quitar la vista de nosotros, están tres de los más temibles... El Marquesito, el Inglés... un antiguo jockey descalificado por sus trampas, y una buena pieza de italiano llamado Cosi-Cosi.. . todos han tenido cuentas largas con la justicia, y alguno ha estado a dos pasos de la guillotina.

ELENA.—Admirable gente, que por astucia o por valor vive en lucha continua contra la Sociedad, burlando su moral y sus leyes... Y vive...

EST.—Son profesores de energía, como ahora se dice.

ELENA.—¿Y esa extraña mujer que se acercó?

POL.—Está loca. La llaman la Degollada.

ELENA.—¡Qué horrible nombre!

POL.—Ahora veréis, voy a llamarla. Acércate; no tengas miedo. Estos señores desean saber tu historia.

DEG.—No; no; dejadme. Mi historia... no es verdad esa historia.

POL.—Ven, más cerca; quita esa cinta de tu cuello.

DEG.—No, no; dejadme.

ELENA.—Por fuerza no... ¡Pobrecilla!

DEG.—Gracias, señora. Lo veréis... ved.

ELENA.—¡Oh! ¡Qué horrible!

EST.—¿Qué es?

ELENA.—Mira, una cicatriz honda que rodea su cuello como un collar. ¿Cómo fué eso?

DEG.—No fué nada, fuí yo...

POL.—No hagáis caso: una noche, hará de esto dos años, conoció a un extranjero en el Casino; salieron juntos; una de tantas aventuras; el extranjero era un jugador de oficio de los que acuden aquí todos los años; lo había perdido todo al juego y tuvo un mal pensamiento: robar a cualquiera de estas infelices que, por necesidad, no pueden informarse de la gente que tratan... Creyéndola dormida, descerrajó el mueblecillo en que pensó hallar lo que buscaba; ella despertó y antes de que pudiera gritar, el hombre se arrojó sobre ella para matarla; creyó que la había matado. Ya lo veis, la herida fué horrible. Huyó...

EST.—¿Y no consiguieron detenerle?

POL.—Sí, a la mañana siguiente, aunque ella no pudo declarar todavía; todo el mundo los había visto salir juntos del Casino... entrar en la casa... no tardó en encontrarse al hombre.

EST.—¿Y pagaría cara su hazaña?

POL.—Ahora veréis: llevado a presencia de esta mujer, negó rotundamente

que aquel fuera el hombre con quien había pasado la noche y que había intentado matarla.

ELENA.—Acaso no lo fuera... ¿es verdad eso?

POL.—No había duda. Era él; se le hallaron las alhajas, el dinero...

EST.—Entonces...

POL.—No hubo medio; contra la afirmación categórica de la víctima ¿qué podía intentarse?

DEG.—No es verdad, no fué él... no era él...

POL.—¡Bah! Sabemos la historia; sabemos por qué fué todo. A cualquiera que se le diga...

ELENA.—No..., lo comprendo; comprendo aquel silencio sublime; aquel hombre había sabido hacerse amar en una noche. ¿No es eso?

DEG.—¡Señora!

ELENA.—¿Y qué fué de él? ¿No supo agradecer su silencio?

POL.—Se embarcó para América, y desde entonces ella sólo piensa en ir a buscarle. Todo lo que gana lo va ahorrando para emprender el viaje. Vive miserablemente. Llega a pedir limosna cuando no gana lo bastante.

ELENA.—¿Es cierto? ¿Toda tu ilusión es ir a reunirte con él? Háblame con franqueza, mujer.

DEG.—¡Es verdad!

ELENA.—(A Esteban.) ¿Oyes? Aun puede ser más feliz el recuerdo de este instante. Está en nuestra mano la felicidad de esta criatura.

DEG.—¿Qué decís?

ELENA.—Nada, nada. Irás a encontrarle. (Al Policía.) No dejéis de llevarme mañana sus señas.

DEG.—¿Pero qué dice? Es mentira, es una burla...

POL.—No, mujer; no sabes con quién hablas... Saluda y ya puedes marcharte.

DEG.—¡Ah, señora, señora mía! Dejadme que bese vuestra mano... ¡Mi viaje, mi viaje! No llegaré, no lo creo, es mucha alegría... me moriré antes...

POL.—No, le verás, te matará, y esta vez será la buena...

DEG.—¡Verle! Después que me mate si quiere; puede hacerlo.

POL.—Es que si te mata y le cogen como la otra vez ya no podrás tú salvarle.

DEG.—¡Siempre! Llevo una carta. Sería un suicidio. Le salvaré siempre. Lo he pensado todo. (Sale.)

EST.—¡Qué extraña mujer!

POL.—¿Habéis visto locura igual?

ELENA.—¡Oh! si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas, ¿qué valdría la vida?

POL.—¿Sus Altezas desean que les acompañe?

EST.—No, no es preciso... tomad...

POL.—De ningún modo.

ELENA.—No dejéis de enviarme las señas de esa mujer.

POL.—A vuestras órdenes. (Sale.)

Princesa Elena y Príncipe Esteban.

EST.—Ya lo ves, nuestra presencia aquí no es un secreto.

ELENA.—¿Adónde iremos que dejemos de ser quien somos? En esta sociedad, aparte de la sociedad, nos creíamos olvidados; pero la policía llega a recordarnos que está de nuestra parte, que nos protege... y que nos vigila...

EST.—¡Qué remedio! Ya lo oiste. Estamos entre tan mala gente...

ELENA.—Como toda; todo el mundo es como esto; nuestro mismo espíritu lo es. La eterna lucha humana; fuerza contra fuerza; la que lucha por la vida propia en nombre del instinto humano; la que lucha por la vida de todos en nombre del orden social. Criminales de un lado, policía del otro. Y en el mundo entero, como en este reducido mundo, todo lo que es policía, con su moral, sus leyes y todos sus atributos sacrosantos, sólo consigue, al luchar contra todo lo que llamamos criminal, lo mismo que consigue aquí, dar apariencias de baile alegre, ordenado a una reunión de gente que, mientras parece divertirse bajo la mirada paternal de la policía, sólo proyecta y combina el modo de burlarla. Y como es-

ta gente no podría vivir sin burlar a la policía, ¿qué vida humana sería posible si no pudiéramos burlar las leyes sociales?

EST.—Te escucho espantado. ¿Cómo es que en la Corte de Suavia te permitían lecturas tan peligrosas, tan demoledoras?

ELENA.—¿Crees que son lecturas? No, son pensamientos míos. Pienso así porque nunca me asustó ninguna verdad, y nunca tampoco me enamoré de ninguna para temer el verla convertirse en mentira. Si cada día hallara una nueva verdad en mi espíritu, y al hallarla tuviera que destruir cada día mi vida por completo, sin dudar la destruiría para vivir cada día una nueva vida con una nueva verdad. ¿Y tú?

EST.—¡Es tan doloroso destruir! Cuando un amor es ya mentira en nuestro corazón, acaso es todavía la verdad de otro corazón que no tenemos derecho a destrozar.

ELENA.—¿Crees que Elsa y el caballero Rosmer se morirían de pena?

EST.—Creo que no es tan fácil en la vida suprimir el remordimiento y la responsabilidad. Acaso las miras de la que es hoy mi mujer, del que es tu amante, fueron interesadas al aceptar nuestro cariño; pero nosotros les hicimos creer que podían fundar en él toda su vida; si nosotros faltásemos ahora, ¿qué vida sería posible para ellos? ¿Qué falsa situación la suya, a qué represalias expuestos? Y nosotros también, piensa que ya no seríamos los enamorados que al amor lo sacrifican todo; una nueva aventura, sería perder algo más que la dignidad de Príncipes, la estimación personal.

ELENA.—Entonces... siempre habrá un pasado que influirá sobre nuestra vida, no habrá un instante nuestro para lo que de verdad se siente y se quiere en aquel instante... Siempre arrastraremos el cadáver de algo... No, yo no sé rezar sin fe ante ningún altar. Acabó la creencia, acabaron las oraciones. Quiero amar cuando amo, olvidar cuando olvido. Para retroceder iría más lejos, volvería a la Corte de Suavia, a ser la Princesa; respetos por respetos, deberes por deberes, aceptaría los nuestros, los de mi raza, los de mi nombre. Nuestros plebeyos, ya lo hemos visto, sólo aspiran por nuestro amor a ser Príncipes como nosotros.

EST.—Es a lo que aspiran siempre los plebeyos cuando hacen revoluciones.

ELENA.—Por eso la verdadera revolución del mundo, la única fecunda, sólo podremos hacerla los grandes, los iguales. Será una revolución desinteresada; no pediremos riquezas ni libertades, ni siquiera justicia; sólo pediremos la verdad. Y nuestra verdad es que podemos ser felices, que debemos unir nuestra vida y nuestro destino, y que tan lejos debe estar para nuestro corazón la Corte de Suavia como el hogar burgués con que soñamos en nombre de nuestra felicidad. No, no era la felicidad todavía, no era nuestra vida; nuestra vida es amarnos, amarte...

EST.—¿Siempre?

ELENA.—Ahora, mañana, unos días... Esta noche sólo. ¿Quién sabe? ¿Qué importa? Hay sueños que valen toda una vida. No sé si dentro de un instante pensaré como tú, que hay deberes y responsabilidades y remordimientos, que debemos volver... que volveremos... sí. Acaso... es justo... debe ser pero aun no; hablemos como antes, de nosotros, de todo... versos... la música allí, el cielo azul sobre nosotros, el mar a lo lejos y silencios profundos como la noche...

EST.—¡Mi Princesa Bebé! Todo lo alegras, todo lo embelleces. Cerca de ti la vida es más intensa, y se siente que el alma es infinita...

ELENA.—Como la vida. Comprenderlo todo, amarlo todo... vivir en todo, vivir toda la vida.

EST.—Vivir no; vivir es doloroso, es triste, es hacer mal y padecerlo... Soñar, soñar como ahora...

ELENA.—¡Vivir... soñar! Las dos cosas... Amar... amar es todo... es sueño y es vida!...

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498